



CURTIS GARLAND

LAS MUJERES GATO

PARA MAYORES DE 18 AÑOS

SAM



st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

370 — Un gorila llamado Max, *Joseph Berna*.
371 — Espectro, *Curtis Garland*.
372 — Después de la autopsia, *Ada Coretti*.
373 — El fantasma de la sombra roja, *Clark Carrados*.
374 — Un cadáver de segunda mano, *Silver Kane*.

CURTIS GARLAND

LAS MUJERES GATO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 375
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 8.502 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Horace Stowefield estaba arrepentido.

No debía haber llevado las cosas tan lejos. Después de todo, el asunto carecía de importancia para obstinarse tanto en hacerlo trascendente. Pero en cierto modo, Lilian había tenido la culpa también. Si ella, al menos, hubiera cedido un poco...

Pero en vez de eso, optó por ponerse dura y plantear desagradablemente ciertas cosas. En ese momento, a él le había faltado serenidad o, cuando menos, un poco de tolerancia con el temperamento habitualmente fuerte de su prometida.

Luego ya no tuvo remedio. Las cosas se habían llevado a un extremo violento, y la cuerda se rompió por el lado más débil, como ocurre siempre en estos casos. Y el lado más débil, fuerza era reconocerlo, era él mismo.

Por eso ahora estaba malhumorado. No era justo que se hubiesen peleado de ese modo dos personas jóvenes y que se amaban. Todavía no lograba entender por qué, pero lo cierto era que había sucedido y eso ya no se podría remediar sino con largas y laboriosas gestiones eh las que su tío Clemens tendría que participar, sin duda alguna, puesto que gozaba de las simpatías declaradas de Lilian.

En otras ocasiones, había sido siempre tío Clemens quien resolvió las dificultades, devolviendo la paz y la dicha amorosa propia de sus jóvenes años a ambos enamorados. Claro que, como el tío Clemens decía a veces, refunfuñando, había momentos en que tanto uno como otro ponían las cosas demasiado difíciles.

Horace casi sonrió por un momento, pese a su malhumor desde que dejara la mansión de Lady Ashville y su díscola y hermosa hija. El paseo bajo el cielo nocturno, estrellado y con muy escasas nubes, rompiendo el mito tópico de las tradicionales noches brumosas de Londres, estaba empezando a lograr lo que en ningún otro sitio hubiese conseguido: serenar sus nervios, ver las cosas con más frialdad y hasta olvidarse de su enfado y, sobre todo, de su juvenil rabieta contra Lilian.

En alguna parte, ladró un perro furiosamente, como si algo le irritara. En el río, un remolcador emitió un largo y agrio pitido. Las luces callejeras se reflejaban en el oscuro curso del Támesis. Un receptor de radio, en alguna parte, emitía música de Los Beatles, y Horace buscó en vano un taxi para no demorar más su regreso a casa. Pero los pesados y negros escarabajos de alquiler londinenses brillaban por su ausencia en esos momentos, particularmente en esta zona del río adonde le había llevado su deambular distraído, no lejos del Parlamento y su bien alumbrada fachada, con el Big Ben señalando con rara puntualidad las doce menos veinte minutos de la noche.

Horace giró la cabeza de repente, con cierta sorpresa. No vio a nadie. Un

bulto rápido y oscuro, tal vez un gato se cruzó en una zona iluminada, perdiéndose en las sombras de los desembarcaderos de Victoria Embankment. En la distancia, el perro volvió a ladrar con mayor enfado, y una lata movida acaso por el felino furtivo, rodó no lejos de la orilla del río.

Le había parecido, por un momento, sentirse vigilado por alguien. No era nada concreto, sólo esa rara sensación que a veces produce el notar los ojos de una persona fijos en la nuca de uno. Pero no había nadie a su espalda, de modo que la impresión había sido errónea. Las luces de un pub distante, ya a punto de cerrar sus puertas, le hicieron recordar que tenía sed, pero ya no llegaría a tiempo de tomar una cerveza antes de que el local cerrase sus puertas. Los horarios para servir alcohol ya no eran tan rígidos como antes, pero la hora de cierre en los pubs seguía siendo algo sagrado para un londinense.

Se encogió de hombros. Ya bebería en casa, se dijo. Lo importante era encontrar un taxi. Vivía lejos, en Paddington, y no iba a darse un paseo de millas simplemente por disfrutar de la grata noche. Allí tenía un mueble bar y su frigorífico con abundante reserva de bebidas de todo tipo.

Aceleró el paso hacia Great George Street, porque era un punto más fácil para localizar un taxi libre, en especial en los alrededores de la estación de metro de Westminster o en el cruce con Parlament Street.

Otra vez se notó incómodo. Era como sentir a su espalda aquella invisible presencia inexplicable y oscura. Giró la cabeza, molesto. Se disgustó consigo mismo, llamándose imbécil y pusilánime. Lo único que vislumbró, borrosamente, fue el destello doble y fosforescente de las pupilas de un gato que se hundía en una zona de sombra. Los había en abundancia en las márgenes del río. Eran un arma infalible contra las ratas, y sin duda las autoridades así lo pensaban, para permitirles campar por sus respetos.

Sin embargo, a Horace, le desagradaba todo eso extraordinariamente. No le gustaban estos barrios. Estaba habituado a otros mejores. Muy diferentes. Sin gatos ni ratas. Sin agua sucia, sin remolcadores, sin perros inquietos ni malos olores.

Estaba deseando salir de allí. Y olvidarse un poco de sus problemas tontos y accidentales con Lilian. Y tomar una cerveza. Y acostarse entre sus sábanas limpias, crujientes y bordadas. Había sido una tontería desviarse en aquel absurdo paseo para darle vueltas a algo que se arreglaría en poco tiempo. Después de todo, Lilian era su prometida. Era un simple enfado de novios y nada más, como diría pacientemente su tío Clemens cuando le oyera hablar de ello.

Era lo malo de los jóvenes. Siempre hacían una montaña de un grano de arena. Horace incluso se sonreía cuando, en la distancia, vislumbró uno de los pesados taxis negros y chatos, emergiendo por Parlament Street, con la luz del «libre» brillando esperanzadora.

Dio una larga zancada, corriendo a su encuentro resueltamente, feliz por abandonar aquel distrito tan poco grato para él. Llamó con voz firme:

—¡Eh, taxi, aquí...!

El taxista, evidentemente, no le había visto ni oído, pero no era problema para un joven ágil y rápido como él. Le alcanzaría antes de doblar otra esquina, deteniéndolo con tiempo suficiente.

Ocurrió todo en la segunda zancada. Y ni Horace ni nadie hubiera podido evitarlo. Sencillamente, porque resultó tan súbito y espantoso como inevitable.

La muerte, una forma espantosa de muerte y horror, se precipitó sobre Horace, el joven enamorado, vomitada por la oscuridad aparentemente inofensiva de fas orillas del Támesis londinense, en una noche apacible y no demasiado húmeda ni fría del otoño del año 1974.

Un largo, escalofriante grito de pavor del joven acogió aquel asalto imprevisible de la muerte, por unos instantes, tal vez no más de unas décimas de segundo, se encaró a la naturaleza misma del horror, y supo, a ciencia cierta, la clase de pesadilla que iba a envolverle para siempre en sus helados tentáculos. Pero le fue imposible evitarlo.

Se limitó a manosear en el aire, como enloquecido, desorbitados sus ojos, al tiempo que chillaba y chillaba:

—¡No, no, por el amor de Dios! ¡No es posible! ¡Eso no! ¡NO...!

Luego sus gritos y alaridos de agonía se ahogaron en sangre, cuando algo, alguien, despedazó de modo increíble y aterrador su rostro, su cuerpo todo, dejando allí, junto al río que discurría inmutable, ajeno a todo aquello de que pudiera ser testigo, unas simples piltrafas sanguinolentas, un cuerpo de hombre, espantosamente desgarrado, casi irreconocible...

* * *

Jarvis Normand había hecho una fácil conquista, estaba seguro de ello.

Una muchacha hermosa, fácil y complaciente. Ahora la tenía en su lujoso apartamento de Bloomsbury esperando a que él sirviera los combinados, mientras en el exterior brillaban las luces en la noche quieta, apacible y tranquila, con las estrellas luciendo en un cielo casi sin nubes, alrededor de la mole magnífica del Museo Británico.

Jarvis Normand era un hombre habituado a tener conquistas así. Le gustaban las mujeres bonitas. Especialmente, las mujeres como aquélla. Fascinantes, con personalidad, con una rara atracción sexual, que era casi un hálito animal, hecho de sexo, deseo y poderosa atracción física.

Así era la chica sentada ahora en el sofá de su living, esperando su combinado de frutas y ginebra. Una muchacha de rara belleza y aún más rara atracción fisiológica y casi psíquica.

Ojos fascinantes, de un tono indefinible, verdoso, caso amarillento según como le daba la luz, facciones suaves, movimientos felinos, curvas delicadas, pero bien dibujadas bajo su ropa oscura, de terciopelo rojizo tirando a grana. Todo lo contrario a una fulana. Una joven a quien se podía llevar a cualquier

sitio y presentarla como lo mejor de la sociedad londinense, sin miedo a quedar mal. Sus movimientos eran suaves, casi elásticos. Su voz apagada, susurrante como un ronroneo.

Como el ronroneo cariñoso de un gato.

Un gato.

Era curioso, pero Jarvis Normand había pensado en eso apenas la vio entrar en su apartamento y acomodarse en el sofá. La forma en que puso sus piernas, flexionadas bajo sus nalgas, igual que un pequeño felino perezoso, el modo de mirar, la suavidad casi gatuna de los movimientos...

Y estaba «Lucky».

«Lucky» era su gatito. Su pequeño, gracioso, dócil y cariñoso gatito de Angora, blanco y sedoso, de pelo erizado y ojos sorprendidos y sorprendentes, siempre maullando en busca de una caricia, un poco de leche o un platito de comida.

Se había portado extrañamente al llegar ella allí.

La miró, su pelo se puso erizado, emitió un largo maullido y se alejó rápidamente, perdiéndose en la cocina, sin que fuese posible dar con él. Su blanca pelambrera parecía en esos momentos sometida a una potente descarga eléctrica. Y sus ojos huidizos, al mirar a la intrusa, revelaban algo más que celos. Era como si la odiase... o la temiera.

Pero claro todo eso era ridículo. Absoluta y totalmente ridículo. Jarvis lo había olvidado en seguida, sobre todo cuando ella, riendo, había comentado trivialmente:

—Tienes un gato encantador, Jarvis; pero celoso como todos los de su clase. Me encantan los gatos. Por favor, el combinado con fruías. Ginebra y algo de fruta, la que sea, tengo sed. Y no quiero beber demasiado. Poca ginebra y mucha fruta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, querida —había contestado él prestamente, olvidando en el acto a «Lucky» y dirigiéndose al mueble bar—. Te haré el mejor combinado que bebiste jamás. Y nada fuerte, palabra.

Ella se había limitado a sonreír, jugueteando sus uñas bien manicuradas con los cojines del sofá. Jarvis no había dejado de notar que las uñas de ella eran demasiado largas y algo curvadas. Evidentemente, no se dedicaba a tareas domésticas, o no hubiera podido tener tales uñas intactas. No le gustaban las uñas largas, la verdad. Pero le gustaba ella. Y eso era lo que contaba.

Sabía poco de su invitada. Sólo que se llamaba Kristy y que no parecía tener demasiados prejuicios, pero tampoco era una fulana barata ni un ligue fácil. Sólo una chica liberada a quien parecía haberle caído bien, durante la fiesta en el club nocturno de Piccadilly donde coincidieron durante la despedida de un famoso show que últimamente había tenido gran éxito en Londres.

Y ahora, todo podía terminar aquí. En su apartamento.

O ella cedería dócilmente a sus asaltos, convirtiéndose en un simple

romance más, o bien se resistiría y empezaría una relación algo más difícil, pero también más duradera. Todo dependía de ella. Jarvis tenía una técnica similar en todas las ocasiones. Era cosa de ellas ceder o no ceder. Ese era uno de los elementos vitales del juego.

—Tu combinado —dijo Normand, poniendo ante ella el alto vaso con el zumo, la ginebra y el hielo—. Pruébalo, por favor.

Kristy lo hizo. Lo saboreó. Chascó la lengua. Las pupilas verde-amarillentas se fijaron en él con fascinadora intensidad. Los labios gordezuelos y rojos sonrieron.

—Excelente —aprobó—. Te felicito, Jarvis.

El se sentó junto a ella con su propio vaso. No era tan comedido en la bebida. Su recipiente contenía varios dedos de whisky con poco hielo y nada de soda. Brincó alzando el vaso en alto, con una sonrisa

—Por ti —dijo—. Por nosotros, Kristy.

Tomó un largo trago. Ya llevaba muchos esa noche. Pero tenía aguante para muchos más. Ella se limitó a saborear un poco de su combinado, y pasó una lengua melosa por el borde del vaso, no se sabía si ingenuamente o de modo provocativo.

—Por nosotros —corroboró Kristy—. Por ti y por mí, Jarvis... Por esta noche. Y por el futuro. El tuyo y el mío.

Las palabras de Kristy sorprendieron gratamente a Jarvis Normand. Era toda una clara insinuación de que no iba a haber problemas en el resto del asunto.

Bebieron, mirándose a los ojos. Ella ni siquiera pestañeaba. Jarvis sí lo hizo, impresionado por aquella profunda intensidad de los ojos femeninos.

Trató de averiguar si la promesa insinuada en su brindis era inmediata o a largo plazo. No había mejor forma de saberlo que atacar en forma directa. Y eso es lo que hizo, con su habitual pericia de amante experto, veterano en romances rápidos y satisfactorios.

Depositó la copa sobre la mesita próxima, alargó su brazo y rozó con sus dedos la mejilla de la joven invitada, hasta llegar a sus cabellos sedosos, que acarició suavísimamente.

—Kristy, eres hermosa —musitó, descendiendo ahora sus dedos por el largo y delicado cuello de la mujer, hasta alcanzar su hombro, que descubrió tirando a un lado, dulcemente, de su prenda de vestir.

—Jarvis... —las extrañas pupilas, hermosas e inquietantes, brillaron con mayor intensidad, cobrando un color casi fosforescente—. Oh, Jarvis, querido...

Ya no había duda, pensó él dominando una sonrisa de triunfo dificultosamente. Era fácil conquistarla. Y poseerla. Estaba cediendo insensiblemente. Se desperezaba en el sofá, y sus labios carnosos formaban un mohín delicioso, cautivador, exhibiendo entre ellos la rosada puntita de su lengua. Una lengua picara, que humedeció lentamente los labios, en una voluptuosa insinuación que no podía escapar desapercibida a un hombre de su

experiencia.

—Kristy, resultas tan adorable, tan provocativamente maravillosa... —susurró, deslizando sus dedos más y más abajo, descendiendo hasta penetrar bajo el tejido y, audazmente, alcanzar uno de los duros y firmes pechos juveniles, que masajeó con dulzura infinita, sintiendo estremecer todas las fibras de su persona al simple contacto con aquella tersura redonda, excitante y tibia.

Kristy, por toda respuesta, echó atrás su cabeza, irguiendo ligeramente sus senos. Pareció temblar de gozo contenido.

Esa actitud de ella, pasiva, pero invitadora, exacerbó más aún, si cabe, los deseos encendidos ya en el hombre. Jarvis sabía que ya era suya. Total y absolutamente suya, la sola idea de que en unos pocos minutos estaría sobre aquel cuerpo desnudo, gozando de él hasta el éxtasis supremo, provocó calambres en sus nervios, y exaltó su virilidad violentamente.

Ella pareció notarlo, porque rió suave, deliciosamente frívola, y alargó sus manos, casi insensiblemente, apoyándolas como con descuido entre los muslos del hombre. Este pegó un respingo y sintió un fuego devastador recorriendo su espina dorsal.

—Uy... —oyó musitar a la hembra voluptuosa que se agitaba ya como una hermosísima culebra en el sofá—. Eres una maravilla, Jarvis... ¿A qué esperas, querido?

Era más de lo que Jarvis, pese a su veteranía en esas lides, podía soportar. Los dedos de ella eran acariciadores hasta el éxtasis. Ya los labios de Jarvis se hundían entre las montañas turbadoramente duras y erectas de los senos femeninos. Mordió aquella carne lúbrica con pasión. Ella se estiró, deslizándose debajo del hombre, que bramaba de deseos exaltados...

Se produjo el contacto. Jarvis notó que los muslos desnudos de Kristy le rodeaban, envolviéndole como un cinturón de seda, singularmente fuerte y recio sin embargo. Los cuerpos se agitaron, deslizándose del sofá al suelo, rodando por la moqueta entre gemidos roncos.

Jarvis notó la llegada de su clímax y del de ella. Se sintió el más feliz de los hombres, con aquella escultura viviente agitándose debajo de él, totalmente suya.

Ella gritó roncamente. Le miró de cerca, con ojos dilatados, profundos, ansiosos... El pronunció palabras incongruentes, dictadas por su libido restallante.

Y justo en ese momento, Jarvis desorbitó sus ojos incrédulos. Un alarido de terror escapó de sus labios, contempló despavorido lo que sucedía debajo de él. En el muro, la sombra de un semidesnudo cuerpo de mujer, pareció erguirse, agigantarse extrañamente, recortado por la luz de una lámpara que acababa de caer de la mesita, y rodaba aún sobre la moqueta, junto a los cuerpos de ambos amantes.

El gemido de placer de la hembra se convirtió en una especie de extraño sonido ululante, que luego se tornó ronco, y las largas y curvadas uñas

parecieron agigantarse cuando se alzaron hacia el pecho y el rostro de su amante.

Jarvis Normand trató de escapar del dogal femenino, de abrir aquellos muslos que le presionaban, envolventes, pero no le fue posible. Sus manos forcejearon, apartándose de los pechos que estrujaba, para intentar defenderse de un peligro mortal y alucinante, que tomaba cuerpo, fantástica y atrozmente, allí mismo, delante de él.

—¡Kristy, no! —Aulló, lívido, con los cabellos erizados—, ¡Kristy! ¿Qué significa...? ¡Noooooo, Kristy, no...! ¡Dios mío...!

Siguió una serie de ruidos, que hubiesen alarmado a cualquier vecino, de haber existido éste. Pero la casa de Bloomsbury era aislada y señorial, sus muros gruesos y sólidos, y el jardín circundante lo bastante denso y amplio para ahogar cualquier posible sonido, por fuerte que fuese.

Aun así, en la noche, un largo alarido de terror, de angustia suprema, rasgó el silencio del jardín, mientras chorros de sangre humana saltaban torrencialmente de un cuerpo que se debatía entre unas pavorosas garras aceradas, deslizándose por las paredes, cortinas y espejos, tras restallar en los muros de la casa con áspero choque.

En la habitación que poco antes era nido de amor, una sombra inhumana se erguía sobre otra que empezaba a ser, simplemente, un espantoso pelele de sangre y carne desgarrada, convulsionándose en espasmos agónicos sobre la moqueta ensangrentada.

«Lucky», el gatito de Angora, soltó un bufido, con su pelo erizado y los ojos desorbitados, perdiéndose aterrorizado por los más distantes confines de la casa, mientras algo se movía sigiloso en la sala, apartándose de un cadáver destrozado, produciendo simples roces sedosos en la moqueta.

Luego, inexplicablemente, un largo, ronco maullido de placer, sonó lúgubremente dentro de la casa, alejándose del difunto Jarvis Normand, y unos sigilosos andares de felino se movieron hacia la salida.

La sombra grande y oscura que saltó momentos más tarde a las tinieblas del jardín, no tenía nada de humana

Sí alguien la hubiera visto, es seguro que el miedo le habría paralizado el corazón y helado la sangre en las venas.

Pero nadie vio salir de la casa de Bloomsbury al misterioso visitante de Jarvis Normand aquella noche.

CAPITULO II

Los policemen se apartaron, saludando respetuosamente al recién llegado que acababa de descender del coche oficial en Victoria Embankment.

—Buenos días, inspector —saludó un agente uniformado con distintivo de mando.

—Buenos días, constable Peyton —sonrió distraídamente el hombre alto, joven y arrogante, de impermeable color avellana, marca «Burberry», y sombrero de mezclilla marrón y beige. Miró al cielo; hundiendo sus manos en los bolsillos y comentando ceñudo—: Mal día, ¿eh?

—Malo, señor —asintió el policeman moviendo afirmativo la cabeza—. Y no sólo por el nublado y la lluvia...

—Ya,—el inspector de New Scotland Yard fijó su mirada en el bulto que yacía junto al embarcadero, cubierto por una manta. Los regueros de sangre habíanse deslizado hasta el borde mismo del río, goteando hacia abajo. Ahora estaban secos —¿Un hombre?

—Sí. De unos treinta y cinco años. Horace Stowefield. De buena familia, señor. Soltero: Residía en Paddington.

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé, señor. Pero resulta espantoso. Como si le hubieran soltado un león encima. Apenas si se le puede reconocer. Pero iba documentado, y en su camisa, sorprendentemente, quedaron intactas sus iniciales bordadas: H. S.

—Entiendo —se inclinó el joven funcionario de policía, alzando la manta. Se estremeció visiblemente, pese a que no era el primer cadáver que veía, ni mucho menos, en seis años de servicio en la policía—. Dios mío...

—Ya se lo dije, inspector —habló el constable, evitando mirar el cuerpo —. Es horrible. No entiendo cómo pudo ocurrir...

—¿Le ha visto el forense?

—Hace unos momentos, sí.

—¿Y...?

—Dijo que le habíamos estropeado el desayuno. Y cuando él lo dice... —meneó la cabeza, con pesimismo—. Lo único que añadió, antes de irse, era que hasta la autopsia no i podía decir nada. Pero que daba la impresión de que esto era obra de una fiera salvaje, no de un ser humano.

—¿Una fiera salvaje? —Pensativo, el inspector examinó los desgarros que convertían en jirones la carne y vísceras del cadáver, y de su rostro hacían una pulpa sanguinolenta, con los globos de sus ojos colgando de unas tiras de nervios, como dos bolas de vidrio—. No creo que nadie se pasee por Londres de noche con un tigre o una pantera, constable. ¿No pudo ser hecho con un garfio o algo parecido?

—Yo pensé lo mismo, señor. Hasta que el doctor me mostró algo sobre las ropas ensangrentadas, junto a una herida.

—¿Qué fue ello? —miró al policeman sin incorporarse aún.

El constable Peyton rebuscó en su bolsillo, extrayendo un sobre de plástico, con algo dentro. Lo tendió a su superior. Este lo examinó, sin abrir el plástico, y enarcó las cejas.

—Parece la funda de una uña... —comentó.

—Exacto, señor —afirmó el policía—. Yo tengo un gato en casa, y cuando se afila las uñas, acostumbra a dejar esta especie de piel engarfiada en las alfombras... Sólo que ésta es mucho más grande. Debe corresponder a una pantera como mínimo.

—La uña de un gato gigante... —el inspector se frotó la mandíbula, poniéndose lentamente en pie—. Eso no tiene sentido, constable.

—Claro que no. Pero el doctor me pidió que lo guardase cuidadosamente, para analizarlo en los laboratorios.

—Ocúpese de ello usted mismo —el inspector dio unos pasos, mirando en tomo al cadáver despedazado, que de nuevo cubriera con la manta—. ¿Alguna huella?

—Escasas, señor. Lloviznó anoche, después de ocurrir esto. Poco, pero con insistencia. Si algo quedó impreso, el agua se lo llevó, hay manchas de sangre informes, tal vez fueron pisadas, no sé. Se fotografiaron, para que luego las ampliaciones puedan revelarnos algo más, si hay suerte.

—Está bien. ¿Quién encontró el cadáver?

—Un guardián de los embarcaderos, cuando estaba a punto de amanecer. Pero el doctor ha dicho que seguramente ocurrió todo bastantes horas antes, entre once y una de la noche. Pero si usted me lo permite, señor...

—Claro, Peyton, adelante. ¿De qué se trata?

—Verá... Allí hay un pub que cierra a las once y media, como casi todos —señaló al otro lado de la calle—. Sus luces llegan hasta aquí, y resulta fácil ver un cuerpo en el suelo, bañado en sangre, si el pub está abierto. He ido a preguntar y me informaron que cerraron a las doce menos veinte minutos, aproximadamente. Eso me hace suponer que la muerte debió producirse después, o de otro modo, algún peatón hubiese visto antes el cuerpo. Sin embargo, cerrado el pub, esta zona queda bastante oscura, y es fácil que nadie vea nada en ese punto donde cayó el infortunado Horace Stowefield.

—Excelente deducción, constable —afirmó su superior—. Creo, como usted, que podríamos situar la hora del crimen entre doce menos cuarto y una, con más exactitud.

—Gracias, señor —Peyton parecía radiante por su agudeza profesional—. Sólo trato de ser útil.

El inspector se alejó. Su alta figura recortóse contra el gris discurrir del Támesis, en cuya superficie formaban círculos concéntricos las finas y esporádicas gotas de lluvia de la triste mañana. Se apoyó en la balaustrada ribereña, viendo desfilar unos remolcadores hacia el Puente de Londres. Un soplo de aire húmedo agitó su gabardina y sus cabellos castaños, bajo el sombrero.

—¿El guardián del embarcadero oyó anoche algo anormal? —preguntó de

repente.

—Nada, señor —negó el constable—, Pero él está a veces alejado de este punto, bien en un barracón portuario donde echa un trago y come algo, bien recorriendo la zona que tiene asignada. Lo único que me dijo fue...

—¿Qué, constable? —se volvió a mirarle.

—Que creyó oír unos gatos peleándose por ahí a medianoche, pero eso es habitual en estos lugares.

—Gatos... —frunció el ceño el joven policía, mirando el bulto bajo la manta con ojos pensativos—. ¿Eso fue todo, Peyton?

—Todo, señor. He interrogado a algunos obreros portuarios, pero nadie sabe nada ni estaba por aquí a esas horas.

—No es mucho lo que tenemos —comentó el policía lentamente.

—No, no lo es.

—Si Stowefield vivía en Paddington, ¿qué hacía por aquí a esas horas?

—Entre sus cosas llevaba unas entradas para un concierto, que no llegaron a ser utilizadas. Dos localidades, exactamente. También lleva una fotografía de mujer, dedicada. Una tal Lilian, bastante bonita. Es todo lo que sabemos por ahora.

—Bien. Investiguen su vida, Peyton. Traten de averiguar de dónde venía anoche y adónde podía ir, y todo lo relacionado con sus costumbres, lo que hizo ayer y todo lo que puedan acerca de esa tal Lilian.

—Perfecto, señor —asintió el contable—. Ya he notificado eso a dos de mis hombres, que están buscando informes sobre el señor Stowefield.

—Peyton, es .usted una maravilla —ponderó el inspector, mirándole con admiración—. Parece adelantarse en todo a cuanto yo pienso.

—Como le dije antes, señor...

—Sí, ya sé. Sólo trata de ser útil al Yard. Y en verdad lo es, constable. Creo que solicitaré de mis superiores que le trasladen conmigo a mi Brigada de Homicidios, para colaborar con nosotros.

—Sería un honor inmerecido, señor —sonrió el pelirroja y afable Peyton, con un brillo de complacencia en sus ojos azules

—No lo crea. Peyton, no lo crea —suspiró el inspector, encaminándose de regreso a su coche oficial del Yard—. Usted tiene inteligencia y dotes de observación. Es lo que necesito en las personas que trabajan conmigo. Y no todas lo tienen, por desgracia.

Se alejó hacia el automóvil negro. Estaba ya cerca de él, cundo su conductor de uniforme le llamó con un gesto de viveza.

—El radioteléfono, señor —informó— Le llaman del Yard urgentemente.

—Vaya, ¿qué ocurrirá ahora? —Suspiró tomando el aparato que le extendía su subordinado—. Aquí el inspector Larkin. ¿Quién llama?

—Superintendente Joyce, Roger —sonó una voz bronca al otro extremo de la línea— Ha ocurrido algo que creo te interesará, si estás en Victoria Embankment con ese asunto del hombre despedazado junto al río.

—Sí, aquí estoy, Adam —suspiró Roger Larkin—. Un asunto feo y poco

claro. ¿Qué ocurre ahí?

—Aquí, poca cosa. Pero acabo de recibir un informe de la estación policial de Bloomsbury. Eso sí que es feo, Roger. Parece que la gente se puso de acuerdo anoche para despedazar a sus víctimas del modo más brutal.

—¿Qué quieres decir con eso? —se puso rígido y su voz sonó tensa.

—Se trata de una finca lujosa de Bloomsbury, Roger. La propiedad de un tal Jarvis Norman, hombre rico y dado a aventuras galantes, muy conocido en la high society inglesa.

—¿Y...?

—La señora que hace la limpieza de la finca ha encontrado esta mañana el cadáver de su dueño, espantosamente destrozado, en el salón donde él habitualmente recibía sus visitas y tomaba una copa. Es como si le hubieran desgarrado a golpes de garfio o de rastrillo, convirtiendo su cuerpo en puros jirones irreconocibles.

—Cielos... —se estremeció el inspector Larkin—. ¿Otra vez?

—Ya te dije que parecen haberse puesto de acuerdo los asesinos en el modo de despedazar a sus víctimas. Una en el Támesis, otra en Bloomsbury... Ya envié hacia allá a un forense, tal vez sea obra del mismo loco sanguinario,

—Tal vez —Larkin apretó los labios—. Iré ahora mismo para allá, si no va otro inspector a hacerse cargo del asunto.

—He preferido que, antes de encargar de ello a nadie, te ocuparas tú, por si se trata de una ramificación del mismo caso que tienes entre manos, Roger.

—Muy bien hecho —aprobó el joven policía brevemente—. Gracias, Adam. Te veré luego. ¿Qué señas exactas son las de ese hombre?

Se las dio el superintendente Joyce, de Homicidios, y Larkin colgó, volviéndose a su conductor.

—A Bloomsbury, James —pidió—. Lo más de prisa posible.

—Sí, inspector —asintió el policía, poniendo el coche oficial en marcha.

Roger Larkin se retrepó en el asiento. Iba profundamente preocupado, con el ceñudo rostro ensombrecido por un velo de inquietud y zozobra.

Aquel asunto empezaba a gustarle menos aún que al principio.

* * *

—Debieron matarle entre doce y dos de la madrugada, inspector.

—¿Seguro?

—Separo —afirmó el médico forense de servicio, con un suspiro. Meneó la cabeza, cerrando su maletín—. Seré más explícito cuando le hagamos la autopsia. Pero, evidentemente, no es un crimen vulgar. Es demasiado... feroz, inhuma no. Como si no hubiese sido una persona quien lo hiciera.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor? —indagó vivamente Larkin, mirándole.

—No sé, es como si alguien hubiese soltado a un par de leopardos contra él, con la orden de hacerle trizas. No se entiende de otro modo.

—No es la primera vez que oigo una frase semejante en el día de hoy —meditó en voz alta Roger Larkin.

—Lo suponía —el médico le contempló con una expresión de curiosidad—. He oído hablar del otro asunto, junto al río. El doctor Mason se ocupó de él, ¿no?

—Sí. Y dijo algo parecido. He visto aquel cadáver y estoy viendo éste. Le aseguro, doctor, que parece hecho por la misma... persona o animal.

—Claro que pudo ser obra de un afilado garfio o de un rastrillo de agudas púas, manejado con destreza y ferocidad por un ser humano, pero... —se encogió de hombros, camino de la salida—. En fin, no puedo afirmar nada todavía, inspector Larkin.

—Es suficiente por el momento —contempló ensombrecido el espantoso espectáculo de sangre y jirones de carne humana que salpicaban la sala del crimen—. No se olvide enviarme con la mayor urgencia el resultado de la autopsia, doctor.

—Mañana mismo lo tendrá, apenas termine —prometió el forense, saliendo.

Roger Larkin se quedó a solas con tres de sus hombres, que revisaban minuciosamente la sala con todo cuidado, y con el cuerpo irreconocible de Jarvis Normand. Paseó con lentitud, pensativo. Se arrodilló junto al cadáver y miró sobre sus ropas, acartonadas por la sangre.

Enarcó las cejas. Cuando le mataron, Normand estaba semidesnudo. Pudo ver un pantalón caído en el sofá. Le había saltado un chorro de sangre encima, pero obviamente no lo llevaba al morir. Tampoco llevaba slip debajo. Lo vio bajo la mesita, junto a una lámpara volcada. Algo más allá, dos vasos se habían quebrado sobre la moqueta, rompiéndose. Había dos charcos de licor, mezclados con la sangre en algunos puntos. Olfateó, poniéndose casi a gatas. Sus hombres le miraron, curiosos.

—Huele a whisky, señor —dijo uno de ellos—. Pero también a frutas o algo así. Un olor dulzón y como a melocotón... Eran dos bebidas diferentes, sin duda.

—Sin duda —confirmó Larkin, oliendo de nuevo—. Una bebida dulce y suave, y un whisky posiblemente solo... La bebida adecuada para un hombre... y una mujer.

—Hubo dos personas. Una pudo ser mujer —admitió uno de sus subordinados, pensativo—. Pero no hay evidencias. Ni una prenda femenina... Nada, señor. Si hubo perfume, el olor a sangre y las horas transcurridas lo anuló.

Larkin asintió, poniéndose de nuevo en pie. No había visto uña alguna sobre el cadáver. Pero tenía algo entre sus dedos, que puso cuidadosamente dentro de un sobre de celofán transparente. Lo mostró a la luz que entraba por los ventanales a uno de los agentes.

—¿Qué diría usted que es esto? —preguntó.

El policía examinó a la luz el contenido del sobre. Enarcó las cejas.

—Pelos, señor —dijo.

—Exacto. Pelos. Pero no humanos. Son finos, rígidos, sedosos... y de color gris.

—Hay un gato en la casa, señor. Pertenecía al difunto, y anda muy asustado por ahí. Tal vez sean suyos...

—Un gato —repitió entre dientes Larkin—, Me gustaría verlo.

Un maullido a sus espaldas le sobresaltó.

Se volvió vivamente. Era como una respuesta a su petición. El gato estaba allí.

Lo contempló. «Lucky» le miraba fijamente desde la entrada a la estancia. Maulló de nuevo, movió su espesa cola y miró con ojos muy amarillos hacia el cadáver tendido en la moqueta. Otro maullido, éste más largo y lastimero, escapó de su garganta.

—Es de angora —dijo sordamente Larkin—, Tiene el peliblanco. No es gris, agente.

—Es verdad, señor —se frotó el mentón su subordinado—. Entonces no sé...

Larkin se aproximó al gato. Este le miró sin miedo. Incluso rozó su cuerpo con el marco de la puerta. El joven inspector se arrodilló a su lado. Le acarició suavemente, con lentitud.

El natural recelo inicial de «Lucky» se convirtió en dócil complacencia. Ronroneó, frotándose contra las manos de Larkin. Maulló, pidiendo algo.

—Debe tener hambre —comentó el policía. Miró a uno de sus hombres—. Póngale un plato de leche si encuentra en el frigorífico, Charles. Pero antes, probemos algo...

Extrajo el sobre de celofán y lo abrió, poniéndolo ante el gato. Este se aproximó, curioso. Olfateó el envoltorio. Luego el interior.

Ocurrió algo asombroso.

El gato de Angora emitió un largo maullido, erizó sus pelos, reculando con el lomo arqueado y su rabo súbitamente hinchado, miró con ojos extraños los pelos grises, y con otro aullido de terror, escapó hacia el interior de la casa.

—Vaya... —susurró Larkin, poniéndose en pie—. La experiencia resultó. El gatito de Jarvis Normand no teme a los seres humanos..., pero sí a quien dejó estos pelos en e! cadáver de su dueño...

CAPITULO III

Era un teatro cercano a Charing Cross y Leicester Square. Exactamente el Arts. No era uno de los mejores de Londres, pero tampoco de los peores, ni mucho menos. En ocasiones había sido escenario de comedias musicales, aunque habitualmente eran compañías de drama o alta comedia las que actuaban allí. Ahora una comedia musical cubría su programación nuevamente. Era una obra europea, «del continente», como decían con su habitual aire despectivo los británicos, interpretada por una magnífica actriz también europea, a la que la crítica londinense había puesto por las nubes a raíz del estreno de la obra, sólo dos meses atrás.

Ella se llamaba Norma Novak y llevaba como primer actor en su elenco a Laszlo Guzek, un actor húngaro como ella, pero nacionalizado británico desde que algunos años atrás se evadiera de su país solicitando asilo político en Gran Bretaña.

La comedia representada, Sinfonía sentimental, también había sido del agrado del público. Había colas para sacar localidades en taquilla habitualmente.

Norma Novak era una mujer minuciosa en el montaje de sus obras. Había notado ciertos baches en el segundo acto, y aquella mañana se efectuaba ensayo, igual que los dos o tres días anteriores.

Disciplinadamente, la compañía estaba reunida en el escenario a las once de aquel mediodía, para iniciar el ensayo bajo la dirección personal de la Novak. El pianista pasaba algunas de las piezas musicales, a la espera de ensayar un par de escenas del libreto posteriormente.

Cora Rowland, actriz, cantante y bailarina, contempló la tablilla, con el anuncio del ensayo, a la entrada del escenario. Tímidamente, miró a las jóvenes que bailaban en escenario, bajo la crítica mirada de la primera actriz y empresaria.

—No, no, no! —la oyó exclamar, al tiempo que detenía con autoritario gesto el ensayo. El pianista dejó de tocar y las muchachas detuvieron sus evoluciones—. ¿Es que no se dan ustedes cuenta de que es imposible hacerlo peor? ¡Han viciado dos evoluciones, se equivocan en la tercera, y apenas si saben terminar la cuarta! ¡Es un desastre ese número! Vamos a insistir hasta que salga perfecto. Pero antes vean cómo lo hago yo. Adelante, maestro, por favor.

El pianista atacó la pieza. La propia Norma Novak, como una corista cualquiera, efectuó las evoluciones por dos veces, para que se fijase en la mente de sus bailarinas. Luego, con un suspiro, regresó a su butaca en la primera fila de la platea, invitando al músico a reanudar el ensayo desde el inicio del número.

Esta vez salió perfecto, y cuando el piano terminó las últimas notas. Norma Novak se puso en pie y anunció con voz firme:

—Eso ha estado ya bastante mejor, señoritas. Tómense un descanso de quince minutos. Seguiremos con el vals del sexto cuadro. Gracias a todos.

Relajadas, las muchachas se dispersaron. Norma Novak subió al escenario, dirigiéndose a su camerino, situado en la propia planta, junto a una escalerilla que conducía a los del primer piso. De repente, se detuvo al ver a Cora Rowland parada en medio de la escena. Su voz, en aquel inglés de fuerte acento centroeuropeo que ella utilizaba, demandó algo seca:

—¿Y usted qué busca, jovencita?

—Verá, señora Novak... —tosió la joven, algo cohibida—. Yo soy la actriz que contestó anoche a su anuncio... Cora Rowland.

—Oh, entiendo. La señorita Rowland. Para el papel de doncella de fin del primer acto —la miró críticamente de arriba abajo—. Le advierto que el papel no es gran cosa. Sólo tres frases y unos momentos de baile con el primer actor. Es todo.

—Sí, me lo dijo usted ayer por teléfono.

—Y el sueldo tampoco es tentador —cortó algo abrupta la primera actriz —. Quince libras diarias mientras actuemos en Londres. Sin contrato para la jira por provincias, porque posiblemente suprimamos ese papel.

—No me importa. Acepto, si respondo a lo que usted desea.

—Eso aún no lo sé —los verdes ojos profundos de la actriz revisaron a la joven aspirante—. Es bonita, joven y con buen tipo. Pero no basta para ser actriz. Debo saber si habla con buena dicción, si sabe bailar bien y si tiene madera de actriz. Aun un pequeño papel debe ser desempeñado a la perfección. Es mi norma.

—Muy lógico, señora. ¿Cuándo puedo ensayar?

—Cuando termine el ensayo previsto —hizo un gesto ambiguo—, No se aleje demasiado. La llamaré luego.

—Bien, señora, estaré ahí, entre bastidores mientras ensayan ustedes...

Norma Novak iba a ausentarse, tras un asentimiento, cuando un hombre vestido con un mono azul sobre una camisa de cuadros, apareció en la puerta del escenario, acompañado de un enorme perro lobo sujeto por una cadena. Traía varias cartas en la mano.

—El correo, señora Novak —dijo brevemente—. Acaba de llegar Se lo dejo sobre el piano...

—Está bien, hágalo... —se volvió Norma Novak hacia el recién llegado. Entonces vio al animal y ocurrió algo sorpréndeme.

Norma Novak entornó sus ojos hostilmente, con un destello de agresividad en sus pupilas verdes. Se quedó mirando al perro, mientras éste, con las orejas tiesas y el pelo repentinamente erizado, emitió un sordo gruñido amenazador, exhibiendo sus formidables colmillos.

Era como si mujer y perro se repelieran mutuamente, en un choque electrizante, a distancia. El hombre tuvo que tirar con fuerza de la cadena, para evitar que el animal se lanzara rabiosamente sobre la actriz. Esta, sin embargo, no parecía temer al lobo. Sus manos se habían crispado

instintivamente, y estaba tensa, en guardia.

—Quieto, «Khan», ¡quieto! —ordenó bruscamente el hombre. Le frenaba con energía, al tiempo que se disculpó con la actriz—. Perdone... No debí traerlo hoy aquí. Nunca lo hago, pero mi mujer fue a comprar algunas cosas y lo dejó en la conserjería hasta recogerlo después...

—Está bien —silabeó fríamente la actriz—. ¡Llévevselo de una maldita vez! ¡No soporto a los perros!

El conserje del teatro, cabizbajo, tiró a duras penas de su fornido animal, en tanto éste seguía mostrando su dentadura a Norma Novak y su cuerpo era como el de un erizo. Casi a rastras, logró sacarlo del escenario, mientras balbuceaba, confuso:

—«Khan» no es malo, señora... Sólo que a veces es un poco raro cuando no conoce y se asusta... Vamos, vamos, sé buen chico...

Se retiraron. Ella respiró hondo. Su fina nariz se abría mientras respiraba entrecortadamente. Cora Rowland hubiese podido jurar que estaba pálida y en tensión. Tal vez sintiera alergia a ciertos animales. Eso ocurría a veces, aunque tenía entendido que especialmente con los gatos.

—Esos malditos animales... —la oyó jadear con disgusto, como si saliera de un difícil trance—. No deberían permitir que salieran a la calle...

Se encaminaba de nuevo a su camerino, cuando un hombre alto, enjuto, de tez pálida y ojos claros apareció en la puerta del escenario con paso rápido, llevando unos diarios en sus manos. Tenía cabello canoso, bien cuidado, y vestía un impecable temo gris perla.

—Norma, un momento —pidió—. Aquí tienes los periódicos que querías, con la gacetilla publicitaria que preparamos ayer...

Le entregó los ejemplares del Times, el Telegraph y el Daily Express, doblados. Ella los tomó, indiferente, disponiéndose a hojearlos más tarde. Pero al hacerlo, la primera plana del Express quedó desplegada en su totalidad ante sus ojos.

Los titulares en gruesas letras, hubiesen llamado la atención hasta de un ciego, o poco menos:

DOBLE Y ESPANTOSO ASESINATO EN LONDRES.
DOS HOMBRES DESPEDAZADOS POR UN ARMA DESGARRADORA.
¿O POR LAS GARRAS DE UN ANIMAL SALVAJE?
SCOTLAND YARD NO DA INFORME OFICIAL.
PERO SE HABLA DE UN POSIBLE FELINO GIGANTE, ADIESTRADO PARA MATAR.

—¿Qué significa...? —la voz de Norma Novak reveló agitación. Pasó el ejemplar de aquel diario. El Telegraph repetía más o menos la noticia con igual lujo tipográfico.

DOS ASESINATOS SALVAJES EN NUESTRA CIUDAD.

¿ANDA SUELTO UN ANIMAL FEROZ POR LAS CALLES, AMAESTRADO POR UN LOCO?

El Times, más moderado, se limitaba a un titular a doble columna con menos sensacionalismo en su redacción:

EXTRAÑO DOBLE CRIMEN EN LA NOCHE DE LONDRES. DOS HOMBRES VIRTUALMENTE DESTROZADOS POR UN MISTERIOSO AGRESOR DE INSOLITA FUERZA Y CRUELDAD.

—Las gacetillas vienen en tercera página, Norma... —trató de explicar Laszlo Guzek, su primer actor.

—¿Qué importan ahora las gacetillas? —silabeó ella, demudada, metiéndose en su camerino con rapidez. Antes de cerrar la puerta, asomó para decir abruptamente—: Di que se marchen todos. El ensayo se suspende hasta mañana. Usted, señorita Rowland, deberá venir también mañana. Lo siento.

Y cerró de golpe, casi groseramente. Laszlo Guzek se quedó perplejo, mirando la puerta cerrada; luego se encogió de hombros, y se volvió con una leve sonrisa hacia la joven aspirante a actriz.

—Si es la joven que desea el papel de la doncella, hágame caso y vuelva mañana a la misma hora, como dijo la señora Novak. Ella es así. Tiene reacciones imprevisibles.

Se inclinó, cortés, y se alejó para notificar a los demás la suspensión del ensayo.

Cora se encaminó lentamente hacia la salida del escenario. No dejaba de desilusionarla el resultado de aquella visita al teatro Arts. Pero no era mujer que se diera fácilmente por vencida. Volvería al otro día, de eso podían estar seguros.

Al pasar junto a la conserjería, el hombre del mono azul estaba con el perro lobo, que gruñía insistentemente. Cora trató de pasar a su lado con rapidez, pero el animal se volvió con viveza, clavando en ella sus brillantes ojos.

La joven se alarmó. Pero el animal, que estaba exhibiendo sus dientes en feroz gesto, suavizó la expresión, movió la cola y rozó afectuosamente a la muchacha con su húmedo hocico. Cora, vacilante, puso una mano en su cabeza. La acarició. El animal, efusivo, lamió esa mano y la miró con alegría, acentuando las sacudidas de su rabo.

Suspendida, Cora Rowland acarició todo el cuerpo del animal. El conserje comentó:

—¿Lo ve, señorita? Es un animal muy dócil. No comprendo por qué le resultó tan antipática la señora Novak... Lo encerraré hasta que venga mi mujer de la compra...

Cora sonrió, saliendo al callejón posterior, al que daba la puerta de artistas del teatro. Se alejó, pensativa.

Al doblar la esquina de Charing Cross, un vendedor de periódicos tenía los

ejemplares de los rotativos matinales en su puesto habitual. El pasquín informativo del día, anunciaba en su tenderete:

DOBLE Y HORRENDO ASESINATO.
DOS HOMBRES DESPEDAZADOS POR UN POSIBLE ANIMAL SALVAJE, AMAESTRADO PARA MATAR.

—Un animal salvaje en Londres... y amaestrado para matar —musitó, estremeciéndose—, ¡Qué horrible posibilidad!

* * *

El viajero suspiró, doblando el ejemplar del vespertino Evening Standard que acababa de adquirir en Heathrow a la llegada del reactor de la TWA al aeropuerto londinense.

—Como me temía... —murmuró entre dientes—. Es horrible...

Sus ojos, preocupados, miraron hacia los edificios que desfilaban a ambos lados de la carretera que conducía a Londres, más allá de las ventanillas del taxi. Los dedos, nerviosos, estrujaron el diario, en cuya primera plana figuraban las grandes letras con que se anunciaba el doble y trágico suceso de la noche anterior.

Había hecho un largo viaje por una razón importante, quizá trascendente, y las primeras noticias que recibía, apenas llegado a Inglaterra, no podían ser más pesimistas, ni confirmar más rotundamente sus temores.

Era un hombre alto, sobrio, de abrigo recto bien cortado, azul marino, corbata de tonos oscuros y camisa blanca, impecable. Aunque era ciudadano americano, nadie lo hubiera dicho al ver su aspecto, ya que poseía una elegancia, una distinción natural, que no era frecuente en los norteamericanos, habitualmente más bastos y carentes de elegancia.

Había dado al taxista la dirección del hotel Claridge apenas lo hubo tomado al salir del aeropuerto, todavía con el ¨periódico doblado entre sus manos. Ahora, tras leer la primera página del Standard, pareció tomar una decisión diferente.

Se inclinó hacia el conductor y rectificó:

—Por favor, he cambiado de idea. Lléveme directamente a New Scotland Yard, se lo ruego.

El taxista asintió. Su viajero se retrepó en el asiento posterior, exhalando un suspiro de resignación. Parecía sumamente preocupado y temeroso de algo. Cada minuto que le separaba de su destino le parecía un siglo, pese a que la marcha del taxi, sobre el asfalto de la carretera, húmedo por la llovizna de aquellos días, era considerable.

Cuando el taxi llegó ante el edificio de New Scotland Yard, en las calles Derby y Cannon, el viajero respiró con alivio y abonó la carrera, dando una generosa propina al taxista.

Luego entró en New Scotland Yard. Un agente se le acercó solícito,

llevándose la mano a la gorra, para preguntarle, cortés:

—Perdone, señor, ¿qué es lo que desea?

—Ver a alguien que se relacione con esos crímenes que se publican en los periódicos hoy —dijo con su inglés donde se mezclaba el habitual tono gangoso americano con el deje inconfundible de otra lengua extranjera.

—Brigada de Homicidios, por favor —el policía de servicio le dio la planta y ala del nuevo edificio policial adonde debía dirigirse—. Pregunte por el superintendente Joyce, por favor.

El forastero en Londres asintió con una cortés inclinación de cabeza, siguiendo adelante hacia los ascensores que conducían a las diversas dependencias del gran centro policial de la capital británica.

Minutos más tarde, era introducido en el despacho del propio superintendente de la brigada de Homicidios del Yard, Adam Joyce. El funcionario le recibió en pie, estrechando su mano con amabilidad. Luego se quedó contemplándole fijamente, mientras releía la tarjeta de visita que un agente le entregara antes de dar paso al visitante llegado aquella misma tarde desde Estados Unidos.

—Profesor Janos Benedek —leyó en voz alta—. Universidad de Princeton, Princeton, Nueva Jersey, Estados Unidos de América... Siéntese, por favor.

—Muy amable, superintendente —el visitante se acomodo al otro lado de la sólida mesa despacho.

—Profesor ¿en qué, exactamente? —se interesó el policía, cortés, dejando la tarjeta en su mesa.

—Antropología, señor —explicó Janos Benedek—. Llevo la cátedra de la Universidad desde hace nueve años. Anteriormente, fue mi padre, el profesor Zoltan Benedek, quien la ocupara.

—Ambos siguieron la misma rama en docencia, ¿no es así?

—En efecto, superintendente. A él le fascinaba la antropología. A mí me inculcó el mismo amor por ella. Pero también me he especializado en el estudio de Ciencias Naturales y Biología, aunque no he llegado, por supuesto, a hacerme catedrático en ellas, ni tan siquiera me doctoré en la especialidad. Pero creo que todo ello forma un todo compatible y, más aún, coordinable entre sí, como complementándose a la perfección.

—Es fascinante, desde luego, profesor. Pero no veo todavía a qué puede deberse la circunstancia de que usted se haya sentido impulsado a visitarme por lo ocurrido la noche anterior, en esos dos asesinatos...

—Sin embargo, la razón existe, señor. Y muy profundamente, por desgracia —se inclinó hacia el policía, le miró muy fijo al rostro, y jugueteó un momento con sus guantes de piel de cabritilla, cuidadosamente plegados sobre sus rodillas, antes de añadir—: ¿Qué diría usted si le dijese que sé quién o quiénes cometieron esos crímenes?

Adam Joyce tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener su compostura y no dar un respingo en el asiento. Contempló a su visitante perplejo. Eso lo decía un hombre que, momentos antes, había confesado al agente de servicio

fuera de su oficina que acababa de llegar a las Islas en un vuelo directo desde Nueva York. De no haberse tratado de un profesor de Princeton, hubiera empezado a pensar que se hallaba ante uno de tantos desequilibrados que trastornan a la policía con absurdas revelaciones y confidencias.

—¿De veras? —preguntó, cauteloso, tratando de no mostrarse descortés.

Su distinguido visitante se echó a reír. Suavemente, con cierta amargura, en sus ojos oscuros hubo un brillo irónico. Respondió, calmoso:

—No trate de disimular, superintendente. Comprendo muy bien su escepticismo, pero le aseguro que disto mucho de ser uno de esos histéricos que vienen con fantasías a la policía.

—Yo no he dicho que...

—Por favor, pero lo ha pensado —su sonrisa flotó unos momentos en sus delgados labios. No obstante, los ojos color café no reían en ningún momento—. Y no se lo reprocho lo más mínimo. Yo también dudaría de alguien que me dijera eso, estando en su lugar.

—Es muy comprensivo, profesor —el superintendente hizo un gesto ambiguo—. Ya comprenderá que en un puesto como el mío no todo resulta fácil, ni mucho menos. Por favor, le ruego se explique. ¿Qué le hace suponer que sabe quién mató a Horace Stowefield y a Jarvis Normand?

—Mis conocimientos de cierto asunto, superintendente. Un asunto que nunca trascendió, porque es demasiado terrible para hacerlo público. Me temo que ahora, por desgracia, no habrá más remedio que hablar de ello, aunque sea entre nosotros. Lo demás ya será cosa suya. Pero si trasciende algo a la calle antes de tiempo, podría desatarse en Londres un pánico de consecuencias imprevisibles.

—Me tiene usted sobre ascuas, profesor. ¿Quiere decirme de qué se trata, exactamente?

—Sí, se lo diré —suspiró el profesor Benedek. Volvió a manipular, distraída y algo nerviosamente, los guantes de piel antes de añadir con lentitud, muy grave y profunda su voz—: Hay dos mujeres en Londres que pueden convertirse en gatos gigantes en determinado momento, por una asombrosa mutación de su naturaleza. Esas dos mujeres, superintendente Joyce, mataron a las dos víctimas, estoy seguro de ello.

Los ojos del superintendente Joyce, fijos en él, se dilataron enormemente, mientras una expresión de total incredulidad y asombro invadía su rostro.

—Cielos... —jadeó—. ¿Está burlándose de mí, profesor?

—Nada más lejos de mi mente —declaró con calma el otro—. Es más, tengo las pruebas concretas de lo que digo...

CAPITULO IV

—¿Pruebas? ¿Las tiene realmente, profesor Benedek?

—Sí. Las tengo, por increíble que les parezca, inspector.

El inspector Larkin cambió una mirada perpleja con su superior y compañero, el superintendente Joyce. Luego volvió a estudiar al visitante, reunido ahora en otro despacho con ambos hombres.

—Bien —suspiró—, Si usted lo dice, supongo que será cierto. Pero comprenderá que sintamos firmes dudas al respecto. Lo que usted le ha dicho al superintendente es tan asombroso...

—Sé lo que sentirán al respecto. Al principio, yo mismo dudaba de que todo ello pudiera ser cierto, pese a que era mi propio padre quien lo decía. Luego, a medida que estudiaba los hechos e investigaba en ¡os lugares adecuados, empecé a comprender que había mucho más de lo que yo imaginaba en todo aquello.

—Le escuchamos. Ojalá pueda convencernos.

—¿Por qué creen que vine a Londres urgentemente? Temía algo así, aunque no tan inmediato. Mi correspondencia personal con otro antropólogo británico, eminente colega mío, me permitía albergar serios temores al respecto. Y decidí investigar sobre el terreno. Por desgracia, empieza a ser tarde. Y lo es ya en demasía para salvar dos vidas, las que se perdieron ya. Confiemos en que aún se puedan evitar otras tan espantosas como ésas, señores.

De nuevo Joyce y Larkin se miraron en silencio. El tono del profesor era tan grave, tan solemne, y su aspecto tan preocupado, que no podían sino darse exacta cuenta de que el antropólogo americano no mentía, pese a lo inverosímil de su declaración inicial al llegar al Yard.

—Por favor, empiece a referirnos lo que sepa —invitó el superintendente.

—La historia es antigua, señores —comenzó tranquilamente el científico de Princeton—, Y, desde luego, quizá lo sea mucho más de cuanto mi padre o yo pudimos imaginar nunca. Es uno de esos misterios que se pierden en la noche de los tiempos, y que pudo comenzar hace siglos y siglos. Pero yo me referiré exclusivamente al momento en que tuve la noticia de la existencia de las mujeres-gato.

—¿Mujeres-gato? —repitió Larkin, enarcando las cejas.

—Eso dije, sí, Un pueblo perdido en las montañas centroeuropeas. En un lugar indefinido, del que algunos investigadores afirmaron estaba situado en las estribaciones de los Cárpatos, otros en los Balcanes, y algunos rebatieron que el país de origen de las mujeres-gato estaba en Hungría —sonrió tristemente—. Mi patria de origen, señores.

—¿Es usted húngaro de nacimiento?

—No, no. Sólo por parte de mi padre y mi madre. Ellos eran húngaros y emigraron a Estados Unidos como tantos otros europeos, en busca de mayores

horizontes. El era un profesor de escuela secundaria, pero halló su gran oportunidad en América, y logró el doctorado en antropología, llegando a ocupar la cátedra en Princeton. Yo le relevé, cuando él se retiró pocos años antes de morir. Pues bien, frente a esas hipótesis, existía por supuesto la rotunda negativa de científicos e historiadores partidarios de teorías menos atrevidas, negando rotundamente la existencia de tal pueblo-gato. Mi padre, sin hacerles caso, investigó el hecho, haciendo varios viajes a Europa en busca de la fuente de información precisa. Un día, en una remota aldea húngara, cercana a Rumania, junto al rio Moresul, creyó hallar indicios racionales de la existencia de un pequeño pueblo aislado, hundido en unos riscos poco accesibles. Las gentes de vecinos lugares se persignaban al hablar de tal pueblo, y aseguraban que muchas noches era posible oír, si uno se hallaba en la campiña silenciosa, el lejano aullido de grandes felinos, enzarzados muchas veces en furibundas peleas.

—Pero eso puede tener una explicación más racional, ¿no, profesor?

—Por supuesto —sonrió Benedek—, Puede haber allí gatos monteses e incluso otros felinos de gran tamaño, en vida salvaje por completo. La gente de esos lugares es, por naturaleza, supersticiosa. Sin embargo, mi padre investigó, al pensar lo mismo que ustedes, y no ver en aquellas historias pueblerinas de gentes medrosas más solidez, por ejemplo, que en los relatos de vampiros de Rumania o en las historias de hombres-lobo de ciertas regiones selváticas de Rusia o de las regiones eslavas. Por ello, un día, se adentró en la región montañosa donde, según la superstición popular, eran oídos esos aullidos y la gente aseguraba la existencia de un misterioso pueblo escondido, de criaturas terribles y feroces que no tenían nada de humanas.

—¿Y qué sucedió? —el interés de Larkin, evidentemente, era profundo.

—Les leeré los apuntes que heredé de mi padre —suspiró Benedek, extrayendo unos viejos, amarillos y gastados documentos, envueltos en unas tapas de cuero, de su abrigo azul impecable—. Creo que será lo mejor para que lo entiendan...

Y carraspeó, empezando a leer aquel antiguo manuscrito en lengua húngara.

* * *

«Me adentré en la que los aldeanos de la comarca llamaban con expresión amedrentada “tierra de los endemoniados”, una mañana en la que nada invitaba, ciertamente, a iniciar tal aventura.

»Estaba muy nublado, y tras una temporada de extrema sequía, las lluvias amenazaban llegar a la región, y posiblemente en modo torrencial, según me había advertido el posadero de Mako, en la región húngara de Battonya, donde me hallaba desde hacía días, muy próximo a la frontera rumana, en mi búsqueda de lo que constituía desde años atrás, mi obsesión de investigador: el pueblo-gato.

»A pesar del hosco cielo y del aire frío y húmedo que soplaba racheado, agitando los arbustos y el boscaje, y dándome de cara en forma que me dificultaba considerablemente la marcha por entre los riscos y los angostos senderos» bordeando barrancos realmente peligrosos, inicié la marcha aquel domingo por la mañana, mientras los fieles de Mako se agrupaban en la pequeña iglesia del lugar, las campanas a mis espaldas, entre ellos mi posadero, su mujer y su saludable criada de pechos como cántaros.

»No relataré aquí minuciosamente los detalles del recorrido, que dejo para otro escrito más amplio y detallado y que, posiblemente, resulta más orientativo que éste para posibles seguidores míos en la búsqueda de ese misterioso y nunca realizado pueblo de mujeres-felino de que hablan viejos documentos, leyendas y tradiciones eslavas de siglos atrás.

»No es que yo pretenda creer en fantasías. Por ejemplo, nunca buscaré hombres-lobo ni vampiros, porque sé que ambas cosas no son sino producto de la imaginación popular y de ciertas supersticiones antiguas, originadas, respectivamente, por la existencia de aislados y perseguidos enfermos epilépticos, greñudos y salvajes por naturaleza, o por el odio y aversión que de antiguo tuvieron los señores de los castillos feudales por parte de sus súbditos y vecinos humildes, para quienes su color pálido, sus costumbres noctámbulas de fiestas y orgías y todos esos detalles de vestir elegantemente, no abandonar su castillo sino a horas de la noche y cosas por el estilo, les dio la inmerecida fama de "vampiros" y provocó un terror supersticioso por completo injustificado.

»Esto era diferente. En América o en otras regiones europeas, la historia de las mujeres-gato hubiese causado hilaridad. En Hungría, Rumania y otros países de la Europa central, no. Yo había estudiado antiguos relatos, documentación de otros viajeros y científicos, y había llegado a una conclusión definitiva: esas extrañas y diabólicas criaturas existían en alguna parte de las tierras que yo estaba recorriendo.

»Y estaba dispuesto a encontrarlas. Mi interés de antropólogo se excitaba ante la posibilidad de poder mostrar una, una sola de esas criaturas a la Humanidad, y poder decir a los investigadores y colegas escépticos:

»"Ahí tenéis a esa mujer. Parece normal en todo, ¿no es cierto? Sin embargo, excitada de alguna forma, ya sea por malos tratos, por vía sexual o enfureciéndola, y ante vuestros propios ojos se transformará en un enorme gato, un felino del tamaño de un ser humano, provisto de fuertes zarpas y capaz de destruir a quien tenga delante."

»Pero lo cierto es que ese nuboso domingo otoñal, yo no pensaba que ese día pudiera llegar jamás. Sería demasiada fortuna para un hombre como yo alcanzar tal éxito. Aunque no dudaba de su existencia, sí albergaba muy serias reservas sobre mis posibilidades, más bien escasas, de dar con el paradero del pueblo endemoniado.

»Lo cierto es que, a medida que me adentraba en aquellas tierras hoscas, abruptas y desoladas, las dificultades para caminar se multiplicaban, los

riesgos eran constantes, y más de dos veces resbalé en caminos de piedra viva, estando a punto de irme para siempre a un profundo abismo. Para colmo de males, a mediodía comenzó a llover con cierta intensidad, y al inicio de la tarde, la lluvia era ya torrencial en toda la región, convirtiendo en un serpenteo resbaladizo el estrecho sendero que se adentraba en las montañas. Antes de que cayese la tarde, oscureciendo con rapidez, tuve que buscar refugio en una cueva natural, y reponer allí fuerzas con las viandas y el licor húngaro de que iba provisto. Por mis venas, la sangre aumentó de graduación ostensiblemente, mientras una cortina de lluvia caía incesantemente ante el hueco de mi precario refugio.

»Por si había posibilidad de que algún animal salvaje acudiera allí a guarecerse, encendí un fuego con la lata de combustible que llevaba y unas mechas dispuestas al efecto previamente, ya que debía de contar con la posibilidad de no tener leña a mano, como ocurría ahora, con toda la madera de los arbustos empapados de agua.

»Dormí tranquilamente, sin ser molestado por animal alguno, aunque en dos o tres ocasiones me desperté en la madrugada, apretando mi mano sobre la culata de mi revólver de seis tiros, cuando oí gruñidos sordos en las cercanías de la cueva. Pero fuese quien fuese el animal, oso o lobo, no osó acercarse más, quizá amedrentado por las llamas encendidas.

»Amaneció un día despejado, en contraste con el anterior, aunque frío y desapacible. La lluvia había dejado las tierras teñidas de un verde jugoso e intenso. Pero también había dejado mojados los senderos y extendido numerosos charcos en el camino, para dificultad mía.

»No aburriré a mi posible lector del futuro con el relato de nuevos detalles de tan pesado viaje. Sólo recordar que aquella tarde me perdí en una zona boscosa, yendo a salir al mismo sitio tras una hora larga de recorrido, y a partir de entonces utilicé la brújula para mayor seguridad, resolviendo el problema satisfactoriamente.

»De nuevo cayó la noche, pero esta vez era estrellada y límpida, con el cielo tachonado de estrellas, aunque endiabladamente frío el aire que respiraba. Supe que había llegado a superior altura sobre el nivel del mar, y que era una región particularmente inclemente aquella que pisaba ahora, en unas estribaciones montañosas de negruzca configuración y sombrío aspecto.

»Algo dentro de mí, tal vez una corazonada o mi instinto de investigador, me dijo que estaba más cerca que nunca de mi objetivo, y sentí un vuelco en mi pecho.

»Pronto comprobaría que mi instinto no me engañaba lo más mínimo.

»Ello sucedió aquella misma noche, cuando dormitaba en una arboleda, protegido por altos troncos de abetos, y con un lecho relativamente blando, de agujas coníferas, alfombrado el suelo del bosquecillo. Había vislumbrado unos cercanos riscos de piedra oscura como el basalto, aunque más áspera y rugosa, pero me sentía demasiado cansado para intentar cruzarlos ahora, aparte de que la noche se venía encima con rapidez, y no era aconsejable ni

prudente que me sorprendiera en un terreno tan abrupto y peligroso.

»Me desperté en plena noche, bañado en sudor a pesar del frío reinante, que me había hecho recurrir a todas las mantas que llevaba, en las que me envolvía sin soltar un solo momento la culata de mi revólver.

»Algo me había despertado. Un sonido distante pero claro. Un maullido agudo, estremecedor.

»Aún hoy se me hiela la sangre cuando recuerdo el sonido de aquella voz animal. Podía pertenecer a un gato montés o a un puma. Incluso a una pantera. Pero yo sabía que no. Aquella forma de maullar era como si un ser humano hubiese imitado a un felino con indudable habilidad. Sólo que quizá no era una imitación.

»Me puse en pie de un salto. Mi miedo inicial se convirtió en algo distinto. La posibilidad excitante de hallarme cerca de las criaturas legendarias, me espoleó a hacer algo que puede parecer suicida, pero que yo llevé a la práctica como lo más natural del mundo. Y confieso, ciertamente, que no soy ningún valiente ni tengo madera de héroe.

«Revólver en mano, avancé por el oscuro bosque, en dirección a aquellos riscos negros. Esta vez con toda claridad, pude captar en la noche otro aullido, largo y lastimero, que me sobrecogió.

»No sé cómo pude escalar aquellas piedras sin producir ruido ni caerme. Lo cierto es que, apenas sin darme cuenta, me hallé en su cumbre, y tenía una vista perfecta, clarísima, de una especie de hondonada o pequeño valle situado al otro lado, en cuyo centro brillaban unas mortecinas luces amarillentas.

»Podía ser simplemente un pueblo aislado, como tantos otros. Pero en mis minuciosos mapas de la región no recordaba haber visto ninguno en aquella zona. Arrastrándome para no ser visto a la claridad difusa de las estrellas, dominando mi temor, el frío y hasta el cansancio físico, aún me arriesgué un poco más, descendiendo hasta tener mejor panorámica del misterioso lugar.

»En la distancia, oí nuevos maullidos. Todos ellos me parecían como quejas, igual que felino cogido en un cepo o gatito enfermo. Sólo que eran maullidos fuertes, potentes, como de un animal grande.

»De pronto, las vi.

»Venían del pueblo, subiendo por un sendero que iba a parar justamente al lugar donde yo me hallaba, en los riscos negros. Sentí un escalofrío.

»Unas luces bailoteantes, revelaban la extraña comitiva en movimiento. Perplejo, fascinado, descubrí que la hilera estaba formada de una docena de aquellos seres. Mujeres todos ellos.

«Traían a alguien consigo. En medio de la comitiva, sujeto a viva fuerza. De allí partían los extraños maullidos.

«Observé a las mujeres, dominando un escalofrío de instintivo terror. No eran, ciertamente, mujeres normales.

«Aparentemente, eran campesinas. Vestían como tales, con blusas estampadas, faldas de colores vivos, con preferencia rojos o verdes, y medias

blancas de lana, con calzado burdo de poco tacón. Su cabello iba recogido en moño, estirado hacia la nuca. Todas eran jóvenes. Y eran hermosas.

«Pero en su hermosura había algo inquietante, casi diabólico. Descubrí en sus ojos un destello raro, como si aquellas pupilas fuesen capaces de brillar en la oscuridad, con una opalescencia propia de un gato. Pero su piel era tersa, saludable, sin señales de vello o cosa parecida.

«Sin embargo, el ser que llevaban en medio de todas ellas, sujeto con fuertes sogas..., era muy distinto.

«Eso sí me provocó un espasmo de terror. Porque aunque aquel ser caminaba a dos patas, como un humano, no tenía aparentemente nada de tal. Cubierto de oscuro y áspero pelaje, su cuerpo era el de un animal del tamaño de una persona. Tenía zarpas, forma de gato gigantesco, no de pantera o leopardo, y su rostro era igualmente el de un felino doméstico, con sus orejas triangulares, sus ojos fosforescentes y sus bigotes y cejas hirsutas. Maullaba con tono lastimero, arrastrándose entre todas las mujeres de rostro inexpresivo y sombrío.

»Al final, se detuvieron ante mí mismo, a menos de veinte yardas de distancia. Me pegué a tierra, sobrecogido, temiendo ser descubierto en cualquier momento. Las mujeres formaron un cerco. En su centro, quedó el gran felino atado.

»Una de las mujeres, alta y poderosa, salió del círculo y miró al cautivo. Los maullidos de éste no parecían impresionarle lo más mínimo. La oí hablar un lenguaje que yo conocía bastante bien, gracias a mi origen húngaro. Era un dialecto de ciertas regiones, poco hablado en la actualidad, pero que mi padre me había enseñado de niño.

»Con voz autoritaria, fría y despiadada, la oí hablar:

»—Sabes cuál es tu destino por haber faltado a las leyes de nuestro pueblo, hermana. Todas las aquí presentes, miembros como yo del Consejo de Justicia, hemos votado por unanimidad la misma sentencia. Vas a morir, porque así está determinado en nuestro código.

»El gran felino se dejó caer al suelo, revolcándose como un gato juguetón. Pero había algo patético y triste en aquella actitud, mientras su boca emitía maullidos constantes. Maullidos de dolor, de angustia, de desesperación.

»Era como si ellas entendieran su lenguaje gatuno, porque la misma que hablara antes, lo hizo ahora, negando con la cabeza:

»—No, Cozak. De nada valen tus excusas. Faltaste a las leyes y no tienes posible salvación. Si todas hiciéramos lo que tú, ¿cuántos años haría que la gente de fuera hubiese llegado hasta aquí, destruyendo a nuestro pueblo para siempre? Sólo permaneciendo escondidas, ocultas y sin revelar nuestro secreto, nos es dado sobrevivir. Así hemos existido durante siglos, y es misión mía, como lo será de mi hija, cuidar de que nuestro destino permanezca inmutable. Sabías a lo que te exponías al incumplir las reglas. Ahora, ni siquiera tienes fuerzas para volver a tu forma. Debes morir así, abyectamente, convertida en lo que nadie debe saber que somos en nuestro pueblo. Por tanto,

y para que dejes de ser un peligro en nuestro destino ¡muere, Cozak, mujer traidora a su pueblo!

»Y alzó sus manos, como invocando unas fuerzas maléficas que aniquilasen a aquel gato estremecedoramente indefenso.

»El maullido del cautivo —ahora sabía yo por aquellas palabras que era hembra, y mis ojos lo constataron cuando se irguió—, se hizo mucho más prolongado y patético.

»Pero de nada le sirvió. Aquellas mujeres eran implacables. Y no fueron fuerzas sobrenaturales precisamente las que se abatieron sobre el reo, aunque no podría yo decir que nombre darles ni cuál era su auténtica y terrible naturaleza.

»Porque, de repente, TODAS aquellas mujeres jóvenes, hermosas y saludables, imagen perfecta de la campesina húngara, se convirtieron en GATOS enormes, feroces, sus ropas se desprendieron de sus cuerpos, y éstos se llenaron de pelo, gris o rayado, marrón blanquecino, moteado o negro como la noche. Ojos humanos que se volvían luminosos globos opalescentes, bocas carnosas de mujer que, bajo un influjo maléfico e increíble se deformaban, hasta modelar la boca de un gato, con su lengua rasposa, sus finos incisivos y sus hocicos peludos. Un concierto áspero y aterrador de maullidos y bufidos feroces, invadió el claro. Las vi saltar a todas ellas sobre su víctima.

»Y bajo el acoso furibundo de una docena de animales salvajes, bajo los zarpazos brutales de dos docenas de zarpas, el felino condenado agonizó, bañado en sangre, desgarrado y roto, hasta ser una piltrafa al pie de sus semejantes, verdugos de la criatura.

»Trémulo, estremecido de horror, asistí a aquel espantoso espectáculo sin siquiera despedir el aliento. El pánico ante la posibilidad de que mi presencia fuese descubierta en su salvaje ritual, se aferró a mí como una garra helada.

»Y la jauría gatuna, inexplicablemente, regresó a su forma anterior. Vi una docena de desnudos, robustos cuerpos de mujer de grandes pechos y caderas de ánfora, de traseros rollizos y muslos vigorosos. Se pusieron en silencio sus ropas, y en silencio iniciaron el regreso, tomando sus luces en la mano, y recogiendo en unas angarillas el cuerpo despedazado del gato sin vida. Se alejaron de mí, en la noche, como fúnebre comitiva hacia el infierno y se perdieron de modo definitivo allá en el valle. Me quedé quieto por mucho tiempo, no sé cuánto. Lo cierto es que cuando recuperé la noción de las cosas, me moví e inicié mi lenta retirada, tenía el cuerpo entumecido, las manos heladas.

»Y abajo, en el valle, ni una sola luz brillaba ya, mostrando el emplazamiento del pueblo de las mujeres-gato.

»El recuerdo de lo sucedido ha sobrevivido en mí durante años. Este año pasado regresé a la misma región, procurando llegar de día a ese valle. Un día claro, soleado y límpido, lo menos adecuado para ver escenas diabólicas.

»Lo cierto es que me llevé la mayor decepción de toda mi vida, y a veces

me pregunto si aquella noche no fue todo un sueño, una pesadilla atroz y sin sentido lo que viví, pese a conservar aún conmigo un mechón de pelo ensangrentado, resto de aquel gato humano sacrificado ante mis propios ojos.

«Porque fuese cierto o no lo que aquella noche vi, en ese valle, a la luz del día, no he encontrado absolutamente, nada. Allí no existe ningún pueblo ni se levanta siquiera una sola casa. Tampoco se ven rastros de que nunca haya habido una.

»Pero yo sé que, en alguna parte, ese pueblo-gato existe. Sólo que en él hay cosas que aún no he logrado comprender, ni tan siquiera. Sé solamente que tienen un severo código de justicia y que el infractor paga con la vida. Sé que son todos ellos mujeres y que nada se habló ante mí varones o machos. Y sé que, por alguna oscura razón que no es de este mundo, su pueblo existe de noche y desaparece durante el día. Y sé que tal vez sea yo el único hombre, hasta hoy, que ha tenido la ocasión de ver ante sí a las mujeres-gato de que hablan las leyendas eslavas.

»Pero eso sí, siempre me quedará una duda razonable, allá en el fondo de mi mente.

»Una duda que me atormenta. Y que espero despejar algún día.

«Zoltan Benedek, antropólogo. Princeton, Estados Unidos, 1947.»

CAPITULO V

Reinó un profundo silencio tras la lectura del documento. Este quedó sobre la mesa del inspector Larkin, que echó una ojeada pensativa a sus hojas amarillentas, gastadas y rugosas.

Meneó al fin la cabeza, mirando a su visitante.

—Ni siquiera su padre se sentía realmente seguro —manifestó al fin.

—Lo sé —suspiró el profesor Janos Benedek—. Nunca lo estuvo totalmente. Pero yo tengo ese mechón de que habló. Lo traigo conmigo, señores.

Extrajo de su chaqueta un estuche de piel negra, parecida al que se usaría para regalar una joya. Lo abrió ante los dos policías que, fascinados, miraron su interior.

Sobre un lecho de tela de raso roja, aparecía una bolsita de material plástico, conteniendo un mechón de pelo gris rayado, con un tirón de piel como soporte, bañado en un color oscuro, de un tono óxido parduzco, sin duda sangre seca de muchos años.

—¿Lo ha analizado? —preguntó el superintendente, acariciándose el mentón.

—Hace muchos años lo hizo mi padre. Yo también lo he hecho en Estados Unidos recientemente.

—¿Y bien? —se interesó Larkin con viveza.

Sin responder a esa pregunta, de nuevo un bolsillo del viajero fue fuente de información para los dos hombres del Yard. El hijo del antropólogo Zoltan Benedek extrajo un documento plegado, que alargó a Larkin, con una sonrisa.

El inspector lo tomó, desplegándolo. Una ojeada le bastó para comprobar que era un documento mecanografiado en papel timbrado de un centro, de análisis dependiente de la propia Universidad de Princeton, firmado por dos químicos, y con absoluta garantía de veracidad y eficacia.

> «Muestra de pelo propio de un felino, de inusitada longitud y textura, por lo que debe pertenecer a un felino de considerable tamaño, si bien su análisis demuestra que procede de un gato vulgar y no de un félido salvaje. Sangre seca con unos treinta y cinco años de antigüedad, perteneciente a un felino de igual naturaleza, si bien ciertos indicios señalan la posibilidad de mezcla con algún residuo de sangre humana. Tejido sorprendente, porque no corresponde en su análisis al de un gato normal, y se aproxima más a la epidermis de un ser humano, si bien con diferencia de matices que más abajo se detallan técnicamente.»

Seguían una serie de consideraciones técnicas sobre dicho análisis, que

dejaron perplejo a Larkin. Devolvió el documento al antropólogo.

—Según eso, profesor, las palabras de su padre parecen cobrar más solidez —hizo notar con cautela—. Piel casi humana, sangre que parece mezcla de felina y humana... Tamaño del animal...

—Sí, pero no prueba tampoco nada —suspiró Benedek con tristeza—. Yo sé que estoy en lo cierto. Lo difícil es convencer a los demás, inspector.

—¿Por qué supone que ese supuesto pueblo de mujeres-gato desaparece y aparece tan misteriosamente? ¿Por qué no haber machos que perpetúen la especie?

—Yo no me he hecho teoría alguna al respecto. Mi padre, sí. Recuerdo que me habló de ello en ocasiones. El cree que ese pueblo existe y que puede ser de origen maldito. Por ello, tal vez esté condenado a vivir de noche, para ocultarse de día a todos los efectos. En ese sentido, ninguna explicación natural parece plausible. En cuanto al sexo de sus ocupantes..., mi padre temía que los machos sólo sirvan de reproductores, siendo luego salvajemente exterminados, como las que faltan a su código de justicia.

—Atroz —se estremeció el superintendente, cerrando los ojos—. Cielos, casi he llegado a creerme esa historia, caballeros..,.

—¿Por qué no creerla? Es tan buena como cualquier otra que pudiera ocurrírsenos, Adam, para explicar los sucesos de Londres —comentó Larkin con gesto pensativo—. Y coincide sorprendentemente con los acontecimientos.

—Pero, Roger, ¿cómo explicaríamos a nuestros superiores, a la opinión pública, a la prensa..., todo lo que nos ha contado el profesor Benedek. Seríamos el hazmerreír del mundo entero.

—No sólo eso —señaló el profesor gravemente—. Podrían provocar un pánico colectivo. Y pondrían en guardia a las dos mujeres-gato que operan en Londres.

—¿Dos? —Larkin enarcó las cejas, mirando fijamente a Benedek—, Profesor, usted sabe algo más, para estar tan seguro de eso. ¿Nos ha contado todo?

—No, ni mucho menos —meneó la cabeza el catedrático de Princeton negativamente—. Sólo les conté la historia de mi padre. Ahora falta la mía propia. Y les aseguro que es tan fascinante o más que la de él.

—Adelante —invitó Larkin, fascinado ya de principio—. Le escuchamos.

Janos Benedek no fue tan minucioso como lo fuera su padre al escribir su alucinante experiencia en el interior de Hungría. Con parcas palabras, reveló el más asombroso aspecto de toda aquella historia:

—Recientemente, tuve una carta de un viejo amigo que reside ahora de nuevo en Hungría, adscrito al Ministerio de Cultura del Gobierno de Budapest. El recordaba la vieja historia de mi padre, y era de los que creían a pies juntillas en la existencia del pueblo de mujeres-gato. Me notificaba que acababa de hacer un descubrimiento singular, y deseaba consultarlo conmigo. Yo le respondí que me entrevistaría encantado con él, ya fuese en mi actual

país, ya en el de mis padres. Su respuesta fue un telegrama, simplemente, anunciándome: «Salgo para Nueva York en el buque de carga Viking, que hace el trayecto Bremen-Nueva York. Llevo con migo cargamento singular. Saludos.» Era sorprendente que emprendiera viaje con una carga desconocida para mí, sólo con el propósito de cambiar impresiones conmigo sobre el viejo tema que fascinó a mi padre. Y traté de saber algo más de mi amigo.

—¿Lo consiguió?

—Sí. Y lo que supe, no sólo hizo más confuso todo, sino también más extraño, más inquietante, diría yo. Mi amigo hacía el viaje en el Viking, un barco mixto, de carga y pasaje, con otro individuo amigo suyo, de profesión empresario de circo y domador, llamado Sandor Dukas. Mi amigo, Ferenc Vaszas, nunca que yo supiera había tenido interés en el mundo circense. Mi averiguación me llevó a saber que con ellos viajaba un cargamento, compuesto por dos jaulas de madera a toda prueba, muy sólidas, conteniendo dos animales que nadie podía ver, dado lo angosto de sus rendijas. En la nota de cargo de Bremen, figuraba como «ejemplares de felinos domesticados», propiedad de Sandor Dukas y de su Circo Húngaro de Budapest. Todo ello no tenía sentido. Pero aún lo tuvo menos cuando traté de comunicarme por radiograma con el barco Viking y no hubo respuesta. Por desgracia, pronto me informaron de la causa las autoridades navales británicas. El barco mixto de carga y pasaje Viking había naufragado frente a las costas de Escocia, en su viaje hacia Estados Unidos, habiendo muy pocos supervivientes. Y entre ellos, desgraciadamente, no se contaban ni mi amigo Vaszas ni Sandor Dukas, el dueño del circo y domador c fieras.

—Lo siento —manifestó Larkin, profundamente interesado—. ¿Por eso vino usted a Londres tan apresuradamente, profesor?

—No, no. Ya les dije que he venido a presentarles pruebas de mis sospechas sobre la naturaleza y autores de esas dos muertes que aparecen en los diarios. Termino ya mi relato. Me interesé vivamente por la suerte corrida por los dos animales enjaulados, propiedad de Sandor Dukas.

—¿Y qué averiguó?

—Que restos de esas cajas o jaulas, totalmente destrozados, se habían localizado en los arrecifes próximos a Aberdeen, Escocia, a los dos días del naufragio del Viking. Pero ni rastro de los animales que contuvieron.

El profesor hizo una pausa, humedeció sus resecos labios e hizo un gesto ambiguo con su mano. Se inclinó hacia los policías, que no pestañeaban siquiera.

—Apenas supe eso, una horrible sospecha cruzó mi mente. Fingiendo tener familia en ese barco, me interesé en indagar del Ministerio de Sanidad, en Londres y Edimburgo, la posibilidad de hospitalización en Escocia o en Inglaterra, de dos mujeres jóvenes y hermosas, supervivientes de un naufragio.

—¿Por qué se le ocurrió tal cosa?

—Era sólo una teoría, y quería confirmarla. Creo que, desgraciadamente, la

confirmé. Su Ministerio de Sanidad me informó a Nueva Jersey de que dos desconocidas, jóvenes y muy bellas, en estado de agotamiento físico muy acentuado, y al parecer víctimas ambas de amnesia total habían sido halladas vagando por las costas escocesas, y se las trasladó a un hospital de Glasgow, desde donde, se las envió posteriormente a otro de Londres, donde quedaron internadas en observación. Ese hospital, el Saint James, informaba de la desaparición de ambas pacientes, fugadas sin duda alguna de la sala en que se hallaban internadas.

—Asombrosa deducción la suya, profesor —ponderó el superintendente Joyce—, Pero ¿qué significaría realmente todo eso?

—¿Es que no lo comprenden? Mis sospechas se confirmaron punto por punto. Ahora puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que mi amigo Vaszas, de alguna manera, localizó en Hungría a Sandor Dukas, y supo que éste tenía dos felinos singulares en su circo, posiblemente dos gatos gigantes. Logró su colaboración para llevarlos a Estados Unidos, y que yo los examinase. Pero el naufragio desbarató todos los planes, y los animales huyeron. Por algún misterioso fenómeno de mutación, que yo aún ignoro; los felinos volvieron a su condición humana una vez en Escocia, y como dos muchachas agotadas y enfermas, desprovistas de memoria, fueron hospitalizados, hasta su evasión en Londres. Que, por cierto, coincide con un margen de apenas tres semanas, con el suceso horrible que ha saltado a las páginas de los periódicos.

—Y, según usted, ellas vuelven a ser ahora gatos gigantes o, cuando menos, se transforman en tales bajo determinadas circunstancias, cometiendo esos crímenes —apuntó sombríamente Roger Larkin.

—Sí, inspector —suspiró Benedek—, Eso es. Me alegro que lo entienda.

—Lo entiendo y me aterra la posibilidad de que esté usted en lo cierto, profesor —Larkin frunció el ceño—, ¿Qué podríamos hacer para confirmar sus sospechas?

—En primer lugar, ver a la primera eminencia en antropología de todo el Reino Unido. Ilustre colega mío, coincidí con él en ocasiones por teléfono y carta, para tratar del tema del pueblo-gato, en cuya existencia cree él a pies juntillas. Me refiero al profesor Roy Shatner, que fue antropólogo en Oxford, y ahora trabaja para el Museo Británico de Londres.

—Bien —Larkin cambió una mirada con el superintendente Joyce—. ¿Qué tal si mañana, por la mañana, el profesor Benedek y yo visitamos al profesor Shatner, una vez conocido el resultado de la autopsia de los cadáveres?

—Hágalo —meneó la cabeza Joyce con perplejidad—. Después de todo, aunque fantástica e improbable, no deja de ser una posibilidad. Y eso es mucho más de lo que teníamos antes de que el señor Benedek llegase a Londres...

* * *

—Perfecto, querida señorita —aprobó Norma Novak, poniéndose en pie en

su asiento de la platea del Arts—. Aprobado. Puede usted actuar esta misma noche en la obra.

—Oh, no sabe lo que se lo agradezco... —suspiró con entusiasmo la muchacha.

—No me lo agradezca a mí, sino a sus propias cualidades —cortó secamente la primera actriz húngara—. Yo no tengo nunca favoritismos con nadie. Quien vale se gana un puesto, quien no, no me sirve. No lo olvide, señorita Rowland. A, las cinco en punto, en su camerino esta tarde.

—No faltaré —aseguró la joven, con las mejillas arreboladas por la emoción.

—Si quiere un anticipo sobre su sueldo, puede acudir a mi representante, el señor Scott...

—No será necesario, gracias. Tengo aún algún dinero para esta semana.. Gracias por todo, señora Novak. Le prometo puntualidad y disciplina.

—Por su bien, confío en que así sea —fue todo lo que comentó la actriz, dando por terminada la conversación.

Cora se retiró hacia los bastidores, y allí se encontró con Laszlo Guzek, que le dirigió una sonrisa, aprobando:

—Bravo, señorita Rowland. Lo hizo muy bien. Me alegra que se una a nosotros. La señorita Novak le parecerá a primera vista muy dura y poco amable, pero en el fondo es una persona sincera y comprensiva, ya lo verá.

—Estoy segura de ellos. Me siento tan feliz, señor Guzek...

—Ah mi joven amiga, es lo hermoso de los jóvenes. Cuando hay vocación, son felices con iniciar un camino, por duro y áspero que éste sea —la estudió con curiosidad y ternura—. ¿Ha trabajado antes en algún teatro de Londres?

—Oh, virtualmente nada. He ido por provincias con alguna compañía, nada de particular. Llegué a debutar con la obra Té para el invitado, en el Lyric, de Shaftesbury, pero dificultades económicas de la empresa obligaron a cerrar a la semana justa del debut. Ahora tengo allí mi equipaje, retenido. Pero me han telefoneado, informándome de que puedo retirarlo, ya que sólo la empresa será requerida al pago de unas deudas. Esta noche debuta allí un espectáculo, de modo que ahora mismo iré con un taxi a recoger mi baúl, que es todo lo que tengo...

—¿Mi querida señorita Rowland, permítame que la ayude en algo, puesto que vamos a ser buenos compañeros desde ahora Tengo afuera mi coche, y he terminado el ensayo. Hasta la hora de almorzar, no tengo absolutamente nada que hacer. Pensaba dar un paseo por ahí, sin rumbo fijo. ¿Qué tal si yo la llevo al Lyric y la ayudo a retirar su equipaje, trasladándolo al lugar donde reside?

—¿Usted, señor Guzek, haría eso por mí? —la joven abrió mucho sus bellos ojos claros, mirando al actor con asombrosa complacencia.

—Eso, y mucho más —se mostró cortés él—. Le aseguro que no es molestia alguna, e incluso resultará una distracción para mí.

—En ese caso, acepto. Pero mi pensión queda algo alejada, en South Kensington...

—No importa. No hay distancias para mi coche —bromeó el actor—. Adelante, mi joven amiga...

Salieron del teatro, para subir a un automóvil sólido y no demasiado moderno, un modelo algo anticuado de la Bentley, comprado sin duda de segunda mano, pero en excelente estado de conservación. Guzek se sentó al volante, y la joven a su lado, partiendo el automóvil a través del tráfico de Charing Cross, en dirección a Shaftesbury.

Pronto llegaron al Lyric. En su fachada, unos obreros adherían afiches del nuevo espectáculo a debutar aquella noche. Guzek, curioso, examinó las carteleras. Se trataba de una obra mediocre, sin duda alguna, con ilustraciones musicales y algunas atracciones, quizás montada para salir del trance hasta que una compañía de más sólido prestigio cubriese las fechas dejadas en blanco por la compañía arruinada.

—No parece nada bueno, ¿verdad? —comentó la muchacha, contemplando los rostros de los intérpretes en los carteles a todo color, bajo un largo y horrible título nada sugestivo: Las alegres bellezas de nuestro tiempo. Unos actores vulgares encabezaban el reparto. Un conjunto de ballet moderno, un show de acrobacias y la presentación en Londres, como decía grandilocuentemente en ¡as carteleras, de las bellísimas e inimitables, «mellizas Van Doll», la belleza y el sexo por duplicado, como añadía con escasa imaginación el autor de la propaganda, formaban el meollo del programa.

—En absoluto —convino con ella Guzek, fijándose detenidamente, con expresión burlona, en las fotografías en color que estaban adhiriendo al fondo de una vitrina publicitaria, en la entrada al teatro—. Yo más bien diría que es un espectáculo lamentablemente vulgar, indigno de un teatro como éste, y que...

Se interrumpió. Intrigada, Cora Rowland, que había iniciado su marcha hacia el interior del teatro, giró la cabeza, buscando a su nuevo amigo.

Laszlo Guzek, el excelente actor húngaro, parecía absorto en la contemplación de algo. Sus ojos brillaban, como excitados, y sus labios se apretaban, en un gesto de máxima concentración.

—Señor Guzek, ¿le ocurre algo? —preguntó Cora.

Él ni siquiera contestó. Ni pareció oírla en realidad. Seguía con sus ojos clavados en algo que había en aquella vitrina.

Cora sonrió, acercándose a él con su breve y gracioso taconeo. Miró a su vez lo que tanto intrigaba a Guzek. Y creyó comprender.

—Vaya... —comentó con una breve risa cristalina—. Hombres... Todos iguales, ¿eh?

Guzek se volvió a mirarla, absorto, distante, como si le costara mucho arrancar sus ojos de aquella fotografía en color, donde dos mujeres idénticas, de hermosa figura y rostro bellísimo, semidesnudas, evolucionaban en un escenario, con deslumbrante sonrisa. Sus desnudos pechos eran firmes y redondeados. Sus piernas largas, de hermosos muslos y esbelta pantorrilla.

Ambas muy rubias, como si llevasen peluca dorada, idéntica para ambas.

—¿Cómo decía? —Guzek se quedó mirándola, confuso. Al fin pareció entender, sonrió maliciosamente y le hizo un guiño—. Oh, comprende... Uno no es de piedra, después de todo... Hermosas criaturas las mellizas Van Doll, ¿verdad?

—Hum... —Cora miró la fotografía—. No están mal. Pero le aseguro que no tengo nada que envidiarlas.

—De eso, estoy seguro —rió Guzek con buen humor. La tomó del brazo —, ¿Vamos a por ese baúl, mi querida amiga?

—Estoy esperándole.

Entraron en el oscuro y desierto teatro. Pero el rostro de Guzek, apenas Cora dejó de observarle, volvió a cobrar su aspecto sombrío preocupado, como si siguiera mirando la fotografía de aquellas dos hermosas muchachas de la vitrina, las hermanas mellizas Jo y Sally van Dolí.

Lo que Guzek no llegó a advertir fue la presencia de un taxi, parándose ante la puerta del teatro, justo detrás de donde dejara aparcado su Bentley. Ello ocurrió en el momento en que el actor húngaro contemplaba tan atentamente la fotografía de las dos mujeres.

Dos mujeres también iban dentro del taxi. Ambas descubrieron el interés del hombre por su fotografía. Se miraron entre sí, mientras el taxista subía bandera. Sus ojos verdes, fascinantes, resultaban casi idénticos. Pero su parecido no era tan grande como en la propaganda, quizá porque ahora no llevaban peluca rubia. Eran las mellizas Van Dolí.

—¿Viste eso, Katia? —preguntó una.

—Sí, Kristy —asintió la otra.

Bajaron del taxi, pagando la carrera. Se detuvieron ante la vitrina, estudiando su fotografía. Volvieron a mirarse.

—¿Crees que podría ser...? —comenzó una.

—Sí, podría serlo —admitió su pareja.

Los ojos relampaguearon a la luz del nublado sol londinense. Miraron al interior. Y se movieron hacia la sala del teatro en sombras, por el corredor de acceso a la platea.

Extrañamente, cuando ambas penetraron en la zona oscura del local, sus ojos se hicieron fosforescentes, de un verde fantasmal y brillante.

Como los ojos de los gatos.

* * *

—Según la autopsia, ambos fueron muertos por las zarpas de un animal. El pelo encontrado sobre el cadáver de Jarvis Normand, pertenece a un gato, sin duda alguna, aunque desmesuradamente largo y recio. La funda de uña hallada donde mataron a Horace Stowefield casi a la misma hora también pertenece a un felino de gran tamaño, al menos tan grande como un hombre. Ah, por cierto. A Normand le asesinaron en pleno coito. Por tanto, había una

mujer con él en ese momento.

—¿Un testigo..., o un protagonista del horror? —preguntó lentamente el joven profesor Roy Shatner, antropólogo del Museo Británico, con una leve y triste sonrisa.

—Yo me inclinaría por la segunda posibilidad, mi querido colega y amigo —apuntó con rapidez Benedek, anticipándose a la opinión del inspector Roger Larkin.

—Entiendo —el profesor Shatner, un hombre alto, rubio, de aristocrático porte, elegante batín corto de seda roja acolchada, pantalón de raya impecable y ojos grises, inteligentes y agudos, tras las gafas de montura dorada, paseó por la estancia con la copa de oporto en su mano—. Los hechos confirman sus teorías, Benedek.

—¿No son también las suyas?

—Sí —suspiró Roy Shatner con voz cansada—. Lo malo es que yo nunca logré reunir tantos datos ni evidencias como usted o su padre. Siempre he tenido que ir a remolque de lo que hicieran los Benedek.

—No hable así, profesor. Es demasiado modesto. Sabe que es un antropólogo de primera fila. Una eminencia mundial. Lo que ocurre es que tampoco quiso nunca tomarse demasiado en serio el asunto del pueblo-gato, como si en sui fuero interno existiese una duda irresistible sobre su posible] existencia.

—Admito que no siempre creí a pies juntillas en esa posibilidad —confesó el antropólogo británico con voz que denotaba cierta desilusión y pesar—. Ahora me arrepiento de ello sinceramente. Debí seguir sus consejos. Ahora, tal vez, colaborando ambos estaríamos más cerca de una solución definitiva.

—La solución puede estar aquí, profesor.

—¿Aquí? —se sobresaltó Shatner, mirando en torno, a los rincones de su suntuosa y rica biblioteca.

—Bueno, hablo en sentido figurado —rió Benedek—. Puede estar en Londres. Aseguraría que dos mujeres-gato andan sueltas por sus calles en estos momentos.

—Ya —Shatner se frotó el mentón, preocupado—. Las dos misteriosas enfermas evadidas del Saint James Hospital...

—Sin duda. Las mismas que aparecieron vagando por Aberdeen, tras el naufragio del Viking, profesor. Las jaulas de madera estaban rotas. Pudieron salir los felinos..., y convertirse en mujeres. La mutación a la inversa.

—Sí, pero ¿por qué no existía mutación cuando actuaban en el circo de Sandor Dukas como felinos, y como tales seguían en sus jaulas? —terció Roger Larkin, volviéndose hacia ellos, tras examinar distraídamente el título de profesor en antropología, con el sello de Su Majestad Británica, enmarcado lujosamente en el muro tapizado.

—Muchos de los misterios étnicos y biológicos del pueblo-gato siguen siendo un total enigma para nosotros, inspector —respondió Roy Shatner con un suspiro—. La verdad es que sabemos nada o muy poco sobre ese pueblo, si

realmente existe, como parece ser.

—¿Usted ha investigado también la existencia del supuesto pueblo-gato húngaro? —se interesó el inspector.

Shatner sonrió, moviendo afirmativamente la cabeza. Paseó por la estancia, con las manos en los bolsillos de su batín.

—No sabe usted bien hasta qué punto, inspector —confesó con cierta amargura en su voz—. He dedicado virtualmente toda mi vida a indagar en ese terreno tan oscuro y problemático, he investigado viejas historias, referencias olvidadas, libros y relatos, tradiciones y leyendas, hasta llegar al convencimiento de que, en efecto, ese pueblo existe o, cuando menos, ha existido alguna vez. Que, contra toda lógica y contra toda ley natural, hubo —y por lo que cuenta el profesor Benedek, hay todavía— mujeres dotadas de la diabólica facultad de convertirse en felinos bajo determinadas circunstancias, como el acto sexual, la ira o el odio. Igualmente he llegado a calcular que la aparición y desaparición de ese fantasmal pueblo de mujeres-gato, que el padre del profesor Benedek tuvo la fortuna de ver con sus propios ojos, surgía a la vista de los demás sólo en momentos concretos, marcados por la luna o por períodos que no se regían en absoluto por los calendarios convencionales.

—¿Y el resto del tiempo?

—Eso nadie lo sabe, inspector. El resto del tiempo es el enigma que envuelve a ese lugar fantástico. Y a su gente con él. Su origen y su destino son algo tan oscuro como tantas y tantas cosas de este mundo que nadie se ha explicado. Yo diría que pertenece a ese otro mundo irreal que se halla dentro de nuestro propio mundo, sin que nadie lo advierta. Una especie de cuarta dimensión, sin ser realmente esto.

—Pero cuando esas mujeres abandonan su lugar de residencia, ¿qué puede ocurrir?

—Imagino que entonces ya no desaparecen, se convierten en seres como nosotros, al menos en apariencia, durante largo espacio de tiempo. Y sólo en esos momentos qué citamos, cuando su naturaleza se excita, sobreviene la mutación y vuelven a ser lo que en realidad son, no sé si por una remota maldición o por un origen demoníaco: felinos feroces, capaces de destruir a sus enemigos sin piedad alguna.

—De modo que usted parece estar de acuerdo con el profesor Benedek...

El profesor Shatner asintió con energía.

—Desgraciadamente, sí. El resultado de esas autopsias, las fotografías de los cadáveres, el examen pericial del lugar de los hechos, y cuanto sugiere el profesor Benedek confirma sin lugar a dudas lo que él asegura. Yo en su lugar, inspector Larkin, estaría absolutamente convencido de ello.

Roger Larkin meneó la Cabeza con desaliento. Su voz sonó opaca:

—No va a ser tan fácil convencer de eso a Scotland Yard, caballeros. Pero creo que no me queda otro remedio...

—En efecto —asintió Roy Shatner—, Tiene que aceptar que la teoría, aunque fantástica para usted y sus superiores, es la única factible por el

momento. Busquen a esas dos mujeres, inspector. Búsquenlas..., y den con ellas antes de que sea demasiado tarde, y la sangre vuelva a correr en Londres.

CAPITULO VI

El hombre se detuvo ante el edificio en sombras del teatro Lyric.

Miró a su alrededor, precavido. Las últimas luces del local se apagaban ya, y sólo quedaba la que iluminaba, en un callejón lateral, la puerta del escenario. Vitrinas publicitarias y afiches habían dejado de ser iluminados ya. Por Shaftesbury circulaba poca gente a aquellas horas. Sólo algún taxi de vez en cuando.

Probó la puerta principal del teatro, que estaba ya cerrada. Rodeó el edificio, acercándose a la del escenario. Esta permanecía entreabierta. Asomó el hombre por la rendija, advirtiendo que la conserjería estaba desierta y quedaban sólo un par de luces encendidas en el corredor, y una allá al fondo, vertical sobre el escenario vacío y desmontado.

Los artistas debían haber salido en su casi totalidad, porque no oyó rumor de voces ni pisadas. De todos modos, tras una corta indecisión, entró en el recinto, pegándose al muro de ladrillos, en su zona más oscura, y avanzando así precavidamente hacia el escenario mal iluminado.

El telón estaba levantado, como era costumbre una vez concluidas las representaciones, y más allá la platea y los palcos eran un mundo de sombras y de tapizado rojo, con el olor peculiar que desprende todo teatro cuando está vacío. Un polvillo tenue, arrancado de las tablas de la escena anteriormente, flotaba como una neblina vaga, allá tras las apagadas candilejas.

El intruso escudriñó todo con ojos expectantes. Llevaba consigo un bastón de empuñadura de plata, y un abrigo liviano, pero con cuello de pieles. Sus pisadas eran cautelosas, sin producir apenas ruido.

El conserje apareció de pronto, al lado del escenario. El visitante cauteloso se ocultó rápido detrás de los focos laterales de entre bastidores.

El hombre, pequeño y gordinflón, recorría el teatro, para comprobar que estaba totalmente vacío y cerrar la puerta trasera. Lucía una chaqueta raída, color azul desteñido, y una gorra en igual color, con el nombre del teatro en una chapa metálica sobre la visera. En una de sus manos sujetaba una linterna.

Apagó algunas luces más, en las plantas altas, y avisó con voz firme, de repente, elevando la cabeza hacia un piso de camerinos:

—No se demoren mucho, señoritas. Tengo que cerrar ya.

Una voz femenina respondió, algo lejana:

—No se preocupe, Jonathan. Salimos en seguida...

El intruso contuvo el aliento. Sus ojos astutos miraron hacia lo alto, rápidamente. Captó el reflejo de una luz en un muro de ladrillo, saliendo de una puerta entreabierta. Aún quedaba alguien en un camerino. Su mano apretó la empuñadura de plata. Sus sospechas cobraban fuerza por momentos.

El conserje, tras encogerse de hombros, entró en la conserjería, y extrajo de un armario de madera una bolsa de plástico conteniendo emparedados, y una botella de cerveza. Sin duda, iba a tomar un refrigerio para iniciar su

servicio nocturno.

Arriba, en los camerinos, sonaron dos voces de mujer hablando en tono apagado. Si el conserje hubiera prestado suficiente atención, hubiese descubierto que hablaban en una lengua extranjera, que no era la inglesa.

Después, unas pisadas de tacones femeninos marcó el descenso de las mujeres por la escalera de camerinos. El hombre, oculto en la sombra, esperó tenso, la mirada fija en los escalones de madera pegados al muro lateral del escenario.

Dos bellas muchachas de cabello muy rubio y liso —pelucas, sin duda alguna— descendían por la escalera. Vestían colores oscuros, muy ceñidos. La claridad difusa remarcando dos hermosos pares de pantorrillas y unas figuras esbeltas, pero agresivas de formas. Otro reflejo de luz hizo centellear dos pares de pupilas verdes. Centelleo que pareció durar, incluso en la sombra, como si aquellos ojos fuesen fosforescentes.

Cruzaron las dos muchachas el escenario. Tenían un modo de andar suave, electrizante, sus cuerpos se cimbreaban, su ritmo era casi animal al moverse. Recordaba el de dos felinos en movimiento...

El hombre contuvo incluso el aliento, para que no fuese advertida su presencia por las dos rubias muchachas, anunciadas en la fachada del Lyric como las hermanas mellizas Jo y Sally van Doll. El conserje había alzado la cabeza, mirándolas con cierta lujuria en sus ojos.

—Bien, señoritas —dijo—. Perdonen que me haya portado un poco brusco, pero era necesario. Tengo que cerrar el local, ¿comprenden? Yo soy el encargado de noche, hasta que a eso de las nueve de la mañana viene mi compañero Stuart a revelarme durante el día.

—Claro, Jonathan, no se preocupe —sonrió encantadoramente una de las chicas—. Lo comprendemos perfectamente.

El las contemplaba absorto, en un mudo éxtasis hacia la belleza femenina, repetida en aquellas dos seductoras criaturas tan iguales entre sí. Las dos chicas parecieron divertidas con su admiración.

Una de ellas se inclinó hacia él, como si fuera a despedirse, y procuró rozarle el hombro con sus erectos pechos, marcados claramente por el ceñido tejido oscuro que vestía.

—Se queda muy solo de noche, ¿no es cierto? —sonrió, exhibiendo su lengua entre los labios húmedos y brillantes.

—Pues... claro —el otro se estremeció, y sus manos se crisparon, como si ansiaran levantarse, aferrar aquellas esferas carnosas que le rozaban. Una fina película de transpiración humedeció su frente—. Pero es... es mi trabajo, señorita.

—Pobre Jonathan —musitó la chica—. Podríamos hacerle compañía un rato, sí no le importa. Las dos, claro.

—¿Importarme? —balbuceó. Y se atragantó con su emparedado—, Cielos, claro que no... Va contra el reglamento, pero... pueden quedarse. Les serviré unas cervezas... si quieren...

—¿Cerveza? —Rió la provocativa hermana Van Dolí, restregando intencionadamente su busto, ahora contra la mejilla del hombre—. No creo que sea eso lo que nos guste recibir de usted, Jonathan...

Estaban provocándole más y más. Como dos gatas en celo, deambulando por un tejado caliente. El macho parecía atraerlas, aunque fuese tan vulgar y poco atractivo como el conserje Jonathan.

La otra hermana rió entre dientes, y avanzó, contoneándose. Se sentó en la mesa de la conserjería, y subió su falda ceñida, hasta más arriba de medio muslo. El pobre conserje empezó a resoplar, flanqueado por aquellas dos mujeres sensuales y agresivas que le acosaban. Se imaginó lo que pensaría su mujer, que le llamaba tantas veces «patán» y «soez y feo compañero de cama». El allí, seducido, incitado por dos mujeres como las Van Dolí, por dos hembras como aquéllas, capaces de hacer perder la cabeza al más equilibrado y sereno de los hombres...

—Señoritas, yo... —comenzó torpemente, sin saber qué hacer—. Temo no tener... nada más que ofrecerles... salvo mi cena...

Ellas se miraron, riendo cómplicemente. Luego, para estupor suyo, Jonathan advirtió que una de ellas se desabrochaba la ropa sobre el torso, dejando escapar dos meloncillos blancos, esponjosos y erguidos, que remataban en unas oscuras fresas endurecidas. La respiración de él se hizo jadeante. Los ojos verdes de la mujer brillaban codiciosos.

—Vamos, Jonathan, no seas tonto —habló ya sin rodeos—, Nos tienes a las dos aquí... ¿Vas a defraudarnos? Pareces todo un macho...

La otra se sentó sobre sus piernas, con sus desnudos muslos al aire, y comenzó a acariciarle con manos sedosas. El conserje exhaló un gemido. Y no soportó más. Si ellas lo querían, él iba a responderles; después de todo, no cada noche se presentaban aventuras así, pensó halagado en su vanidad masculina.

Aferró a cada una con un brazo, atrayéndolas hacia sí. Mordió los senos de una y estrujó con dedos ávidos los muslos de la otra. Cayeron en confuso montón los tres en el suelo de la conserjería, derribando una silla. Ellas reían, como si todo aquello fuese muy divertido.

En la sombra, el hombre escondido seguía cada acción de las dos hembras, con expresión ensombrecida, labios temblorosos y ojos entornados y fríos. Pero no parecía atreverse siquiera a salir de allí...

El conserje, envuelto por la perfumada, sedosa carne de aquellos apetecibles cuerpos femeninos, estaba ya rugiendo, perdida toda inhibición, y se disponía a utilizar su virilidad para satisfacer a ambas hermanas. Ellas jadeaban, como ávidas de sentirse poseídas. El hombre bramó, al sentir que se abría paso entre unos espléndidos muslos de mujer, y creyó morir de felicidad.

Pero no era ésa la muerte que le esperaba, ciertamente.

Dentro de la conserjería, de repente, sonaron sordos y espantosos rugidos, y las sombras difusas de un cuerpo de hombre y dos de mujer sufrieron una

brusca alteración. Pareció que dos fieras, dos enormes felinos oscuros, se materializaban en la nada, y un Jonathan horrorizado, incrédulo, sentía estallar en pedazos todas sus ilusiones y sus deseos espoleados, al verse con dos cabezas animales sobre él, mostrando sus fauces babeantes a escasas pulgadas de su rostro. Ojos verde-amarillentos, de maligna fosforescencia, se clavaban en él. Exhaló un ronco alarido de horror, alzó sus manos, tratando de apartar de sí a aquellos monstruos, mientras notaba, incapaz de comprenderlo, que su propio cuerpo aparecía empotrado entre las patas traseras, velludas, de uno de aquellos siniestros felinos.

Luego unas zarpas de engarfiadas uñas aparecieron ante sus ojos desorbitados. De su boca escapó un berrido inhumano, bestial, desesperado.

—¡Nooooo! ¡No, por Dios, eso no! ¡No es posible...! ¡No!

Las zarpas cayeron sobre su garganta y su rostro. La sangre saltó violenta, mientras su cara se convertía en una pulpa sanguinolenta, informe. Su garganta se abrió, en terrible desgarrón, saltando la tráquea hendida, y su pecho se desgarró, con ropa y todo, en una carnicería espantosa. Gritos de agonía y ásperos aullidos formaron un escalofriante concierto

En los muros, dos sombras de pelo erizado, con el rabo tieso, se agitaban en una macabra danza felina, dando zarpazos al cuerpo mutilado que tenían debajo de sus garras, y luego relamiendo vorazmente la sangre que lo empapaba todo...

El hombre oculto en la sombra respiró hondo. Un frío sutil le invadía, un sudor helado empapaba su piel. Quiso permanecer quieto, inmóvil. Pero le traicionaron sus nervios, e hizo un movimiento instintivo. El pesado foco osciló, y se cayó, estrepitosamente, contra el suelo del escenario.

La orgía felina de sangre terminó bruscamente en la conserjería. Dos gatos gigantes se pusieron rígidos, las orejas puntiagudas bien erectas, los ojos malignamente fijos en la oscuridad del escenario. Sus fauces goteaban sangre. Se relamieron, cambiando una mirada, saltaron, con un doble maullido ronco, por encima del cadáver del conserje, precipitándose hacia el escenario de mutuo acuerdo.

El hombre retrocedió, vacilante, contemplando con ojos dilatados aquella doble figura diabólica que se le venía encima. Los dos felinos se detuvieron un momento, agitando furiosos sus colas, para estudiarle fijamente con los ojos fosforescentes, de un verde lívido.

Luego empezaron a moverse lentamente, como cuando los gatos avanzaban sobre un ratón acosado. En cualquier momento, saltarían sobre el enemigo indefenso.

Este lo sabía. Pero no estaba tan indefenso como los felinos gigantes imaginaban. Su bastón se alzó en su mano. Uno de los gatos lanzó un gruñido sordo y maulló malévolamente. El otro se encorvó para saltar.

Y saltó.

Al mismo tiempo, el hombre desenfundó su bastón negro. El centelleo del acero asomó en su mano, rígido y puntiagudo. Un estoque, oculto hasta

entonces, apuntó al felino que saltaba. Y lo ensartó limpiamente.

El maullido de triunfo de su agresor se convirtió en un horrible aullido de dolor y rabia. Al final del estoque, el cuerpo gigantesco del extraño gato, se agitó, atravesado de parte a parte, aunque no en un punto vital.

El segundo gato se convirtió en una furia demoníaca, al ver la suerte corrida por su compañero. Y se precipitó sobre el hombre del estoque, ahora totalmente indefenso de verdad, puesto que no podía, extraer el estoque del cuerpo herido con la suficiente rapidez para defenderse de! segundo ataque.

Cayó atrás el intruso, con un grito ronco de cólera y exasperación. Las garras del segundo felino desgarraron su cara y cuello violentamente. La sangre empapó el abrigo de cuello de piel. De su garganta escapó un alarido agudo, terrible, mientras forcejeaba por soltar su estoque, cosa que logró, empezando a dar mandobles que apartaron de sí al segundo gato, mientras el primero maullaba lastimero, lamiéndose la profunda herida junto a su pata derecha, que tenía, salida por el lomo. La sangre corría por su pelaje gris oscuro.

El segundo felino saltó atrás, no sin antes sentir el acero rozándole el hocico húmedo de saliva y sangre. Exhaló un ronco maullido, y la sangre goteó del arañazo.

Fuera, en la calle, sonó un silbato agudamente. Era obvio que algún policeman había captado el grito del hombre acosado, y llamaba en su ayuda a otros agentes.

Los dos gatos se volvieron, tensos, mirando hacia la puerta del escenario. Una voz potente sonó en la calle, y la luz de una linterna barrió el umbral.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué es lo que ocurre? ¡Responda quien sea, en nombre de la ley!

Los gatos parecían entender muy bien esas palabras, se miraron. El herido se movió con cierta dificultad, pero paulatinamente cobró rapidez en sus movimientos., Como anteriormente al atacar, un mutuo acuerdo tácito les guió a ambos. Saltaron hacia el escenario. Y se perdieron en las sombras de la platea. Un reguero de sangre quedó trazado, en rojo oscuro, sobre la escena del Lyric.

Ya la figura maciza de un policía de servicio asomaba en la entrada del teatro, linterna en mano. Proyectó la luz sobre los regueros de sangre del suelo, y soltó una imprecación:

—¡Cielos! ¿Qué ocurre aquí?

Hizo sonar nuevamente su silbato. Luego captó un jadeo ronco, como un estertor, en el interior del teatro. Avanzó, precavido. La luz vertical del escenario le reveló la presencia de un hombre, agitándose convulso entre bastidores. A su lado yacía un estoque ensangrentado, había regueros y manchas de sangre en torno, y su rostro, pecho y garganta, aparecían intensamente rasgados por algo incisivo, hasta bañar en sangre su abrigo.

—Agente..., por amor de Dios... —le oyó jadear—. Me... muero... Necesito... hablar con alguien..., contarle lo que... ocurre... Y ahí, en..., en

conserjería... Hay un hombre.»., muerto... por esos malditos... gatos...

— ¡Gatos! —Farfulló el policeman, oyendo la respuesta de otros silbatos en la calle—. No entiendo nada...

Fue a conserjería y se quedó como petrificado, la vista fija en el cuerpo triturado y sangrante del conserje. Retrocedió pálido, tambaleante. Y así le encontraron sus compañeros, al llegar en tropel y hacerse cargo del asunto.

—¿Quién hizo todo esto? —Preguntó un policía a su compañero—. ¿Lo sabes?

—Ese hombre... dice que... unos gatos —musitó el policeman—. Debe estar loco...

—Lo que está es gravísimo. No sé si sobrevivirá hasta llegar al hospital... Ya he llamado una ambulancia. Y también a Scotland Yard...

CAPITULO VII

—Muerto... No es posible, inspector...

—Señora Novak, así es —Roger Larkin dio vueltas a su sombrero entre las manos, mirando a la veterana y elegante actriz con fijeza—. Su compañero de trabajo, el actor Laszlo Guzek, ha muerto hace una hora en el hospital, víctima de terribles heridas en pecho y garganta. Fue inútil cuanto los médicos intentaron.

—Dios mío... Pobre Laszlo... Era un gran compañero... —una lágrima rodó de sus ojos, y apretó los labios, irguiéndose para mirar al inspector y preguntar—: ¿Qué fue lo que causó su muerte?

—No estaremos seguros hasta la autopsia, señora. Pero su declaración, la única que hizo antes de perder el conocimiento, habló de... unos gatos.

No quitaba ojo a la dama. Captó su leve sobresalto, el destello súbito y colérico de sus ojos verdes y profundos.

—Gatos... —repitió ella roncamente, tragando saliva y elevando la cabeza con arrogancia muy teatral—. Eso no tiene mucho sentido, ¿verdad, inspector?

—Para usted, señora, tal vez no. Para mí, puede que lo tenga.

—¿Qué quiere decir? —ahora fue ella la que buscó, escudriñadora, los ojos de Roger Larkin. El sostuvo su mirada con frialdad al responderle.

—Tenemos motivos para creer que dos felinos gigantes, salvajes y mortíferos, andan sueltos por Londres.

—Cielos... ¡Eso no es posible! —la voz de la actriz resultaba convincente. Después de todo, era una actriz. Larkin no parecía, por tanto, fiarse de ello.

—Lo es, señora Novak. Lo que nos gustaría saber es qué hacía su primer actor, una vez terminadas las funciones del Arts y del Lyric, en este último teatro. Y por qué llevaba un bastón que era, en realidad, un estoque disimulado.

—¿Cómo puedo yo saberlo, inspector? El era solamente un actor de mi compañía, no un familiar ni un hombre que me contara sus cosas personales o íntimas.

—Era húngaro. Como usted.

—En efecto. Muchos artistas húngaros nos hemos desplazado a otros países a trabajar, ahora y en otras épocas. Unas veces por la guerra, otras por cuestiones políticas. Eso no tiene mucho de particular, ¿no cree?

—En efecto, supongo que no —Larkin apretó sus labios, pensativo—. Habló muy poco mientras agonizaba. Pero repitió la palabra «gatos» varias veces. Y añadió algo sobre unas bonitas chicas... Lo demás no lo entendió nadie, y murió sin decirlo. Al comprobar quién era y dónde trabajaba, se me ocurrió venir a verla en seguida, señora Novak.

—Hizo muy bien, inspector. Yo se lo agradezco —suspiró la actriz—. Suspenderemos las funciones, por supuesto. Tal vez se reanuden cuando halle

otro actor para suplirle. Pobre Laszlo, Dios mío. ¿Por qué lo haría?

—Hacer ¿qué? —indagó vivamente Larkin.

—Ir a ese teatro, por supuesto. Que yo sepa, no tenía relación alguna con el Lyric. ¿Quién trabaja ahora allí?

—Una compañía de comedias musicales bastante mediocre. Nadie de la compañía parecía conocer al señor "Guzek, salvo de nombre, puesto que era un conocido actor. Ah, se me olvidaba: el conserje de noche del teatro Lyric, Jonathan Stowell, fue muerto también por unos animales salvajes, según todas las evidencias. Hay huellas de pelo animal, sangre que seguramente demostrarán los análisis que no es humana...

—Es espantoso —Norma Novak estaba pálida, demudada—. ¿Cree que encontrarán a esos animales culpables, si realmente existen?

—Existen, señora Novak. En alguna parte existen, no le quepa duda. Hallamos su rastro en la platea. Huyeron por allí al llegar un patrullero. Y rompieron los vidrios de un ventanal para saltar al exterior y escapar. Uno va herido. Bastante herido, además, a juzgar por el reguero de sangre que va dejando.

—¿Pueden seguir esa pista para dar con los malditos criminales?

—No —negó, mirándola fijo—. Por desgracia no, señora. En alguna parte, el rastro se borra definitivamente. Como si alguien hubiese vendado al animal herido. Porque claro no parece razonable pensar que vaya a vendarse él mismo, ¿no cree?

—No, claro que no —miró con sobresalto a Larkin, y observó la mirada de éste fija en ella—. Quizá tengan un domador, una persona que cuida de ellos.

—Sí, ya lo había pensado, señora Novak —asintió lentamente Larkin—. Bien, no la molesto más. Veo que tienen ensayo anunciado, y debo dejarles trabajar en paz...

—No, ya no es necesario, inspector. El ensayo queda suspendido. Muerto Laszlo, es inútil. Hoy cerramos el teatro. Sólo espero que esos monstruos sean hallados...

—Los hallaremos, señora, no lo dude —afirmó Larkin con énfasis.

Se inclinó, cortés, saliendo del camerino de la actriz. Se encaminó a la salida del Arts sin prisas. Las muchachas del conjunto le miraron, curiosas. Había un silencio profundo en el escenario. Larkin descubrió la causa.

Alguien había llegado con la última edición del Daily Express, en cuya primera página venía la noticia en grandes caracteres:

ULTIMA HORA. DOS HOMBRES DESPEDAZADOS EN EL LYRIC.
UN CONSERJE DEL TEATRO
Y EL CONOCIDO ACTOR HUNGARO LASZLO GUZEK, VICTIMAS
DEL LOCO O EL ANIMAL FEROZ QUE DEAMBULA POR LONDRES.
EL ACTOR ESTA GRAVISIMO EN UN HOSPITAL.
EL CONSERJE MURIO EN EL ACTO.
¿QUE VERSION OFICIAL NOS VA A DAR AHORA LA POLICIA?

Sonrió tristemente. Así era la Prensa. Y lo malo es que no podía darles aún la versión real de los hechos, tal como la entendían los profesores Benedek y Shatner. Por la sencilla razón de que nadie la creería y les tacharían de idiotas o de locos. Además, los altos mandos del Yard ni aceptaban esa historia, ni creían que, de ser cierta, debiera llegar jamás a conocimiento de la opinión pública.

Estaba cerca de la salida cuando una voz tímida le interpeló:

—¿Es usted, señor..., es usted inspector de policía? ¿De Scotland Yard?

Se volvió. Gratamente sorprendido, encontróse con una bonita joven de ojos claros y cabellos color miel, atractiva figura y unos labios gordezuelos y rojos, que sonreían tímidamente ahora, a pesar de la expresión ensombrecida de sus pupilas.

—Pues sí, señorita —asintió él, con una sonrisa para darle confianza a la joven—. Inspector Roger Larkin, de New Scotland Yard, Brigada de Homicidios.

—Yo..., yo soy Cora Rowland. Debuté anoche con la compañía de Norma Novak. Fue una hermosa experiencia.

—Lo celebro, señorita Rowland. Estoy seguro de que tendrá un gran porvenir en el teatro, pero mucho me temo, darle ahora una pequeña desilusión. Hoy se suspenden las representaciones, y posiblemente durante varios días, hasta que la señora Novak halle un nuevo actor. El señor Guzek, desgraciadamente, ha fallecido hace poco más de una hora.

—Oh... —palideció la muchacha, bajando la cabeza—. Pobre señor Guzek, con lo amable que era... Ayer mismo, cuando me llevó al Lyric... ¿quién podía pensar que moriría allí... y de ese modo?

—¿Cómo? —Se interesó muy vivamente Larkin—. ¿Dice que la llevó a usted al Lyric?

—Sí, inspector. De eso quería hablarle, al leer las noticias de la Prensa... Yo trabajé anteriormente en ese teatro, y tenía allí mi baúl. Iba a recogerlo con un taxi, pero el señor Guzek tuvo la amabilidad de llevarme con su propio coche para ayudarme. Era todo un caballero. Tan serio, tan honesto...

—De modo que la llevó a usted... Y luego regresó, de noche, tras la función aquí, al propio teatro Lyric... ¿Por qué lo haría?

—Eso no lo sé. Que yo sepa, no conocía a nadie en aquel teatro...

—Señorita Rowland, como han suspendido el ensayo, ¿qué tal si saliéramos juntos ahora, y contase usted, ante una taza de café o un desayuno, todo lo que recuerde sobre su visita al Lyric en compañía del señor Guzek? Pero absolutamente todo, por insignificantes que le parezcan los detalles...

En aquel momento, Norma Novak anunciaba con voz grave lo sucedido, en medio del escenario, rogando a todos que se marcharan, para volver al otro día, a la misma hora, y ponerse de acuerdo para asistir al funeral por Laszlo Guzek. Los artistas empezaron a dispersarse, entre murmullos y comentarios sombríos, camino de la salida.

Cora vaciló, antes de asentir, mirando complacida al joven inspector.

—Será una experiencia nueva para mí —comentó—. Hablar con todo un inspector del Yard... Aunque mucho me temo que no pueda ayudarle demasiado.

—Eso no importa, señorita Rowland. A veces, uno sabe más de lo que cree... Por aquí, por favor. Recuerdo un local en Charing Cross donde sirve los mejores desayunos de todo Londres...

* * *

El relato había terminado.

Larkin contemplaba fijamente a la muchacha, ante su taza de café, ya fría, sin dejar de tomar notas rápidas en su bloc. Al fin, sonrió con expresión meditativa.

—¿Lo ve? —dijo—. Sin darse usted apenas cuenta, me ha dado una clave que podría ser importante en este caso...

—¿De veras? —Dudó ella, enarcando deliciosamente sus finas cejas—. Pues no me he dado cuenta, la verdad.

—Es lo que ocurre a veces. Un detalle insignificante, puede resultar revelador, unido a otros factores ya conocidos. Le aseguro que me ha sido muy útil su declaración.

—¿No lo dice para que me sienta importante? —dudó ella.

—En absoluto. Me gusta ser muy sincero en mis cosas, sobre todo en lo profesional. Le digo la verdad. Sin su testimonio, seguiría en tinieblas, como antes. Ahora, empiezo a ver claras algunas cosas. Este es un horrible asunto, créame.

—Pero ¿son realmente unos animales salvajes los que cometen esos crímenes? ¿Cómo pueden moverse por Londres dos fieras sanguinarias, sin que nadie lo advierta?

—Si supiera la respuesta, amiga mía, me tomaría por loco —sonrió Larkin meneando la cabeza. Echóse atrás en el asiento—. Bien. Ya hemos charlado y desayunado. Si quiere que la lleve a alguna parte ahora, lo haré encantado, señorita Rowland.

—Bueno, ahora que momentáneamente no tengo trabajo, creo que no me corre prisa ir a ninguna parte en concreto. Puede dejarme aquí mismo, o en cualquier lugar céntrico por donde usted pase. Iré posiblemente a un cine, a pasar el rato, y luego almorzaré. Espero que pronto pueda volver a escena, en cuanto la señora Novak vuelve a encontrar un actor adecuado que supla al pobre señor Guzek, y el luto haya pasado.

—En ese caso, si no le importa, podría acompañarme al Lyric, ¿le parece bien? Tengo algo que ver allí, simplemente. Luego podemos dar un paseo hasta Scotland Yard, le mostraré nuestras dependencias que pueden ser visitadas por el público, y hasta es posible que, si usted me lo permite, señorita Rowland, podamos almorzar juntos.

—Es un programa muy seductor, señor Larkin —sonrió ella, animándose súbitamente su bonito rostro—. ¿Qué otra cosa podría hacer una chica sola en Londres, sino aceptar?

—¡Bravo! —Aprobó Roger con buen humor, aunque una sombra de preocupación permanecía oscureciendo sus sagaces pupilas, desde que la muchacha le proporcionase cierto dato relacionado con su visita anterior al Lyric, en compañía del difunto Laszlo Guzek—. ¿A qué estamos esperando, en ese caso?

Salieron de la cafetería, tomando Larkin su coche oficial, en el que subió la joven, acomodándose a su lado. El vehículo se encaminó hacia Shaftesbury rápidamente.

—¿De veras cree que mis palabras han servido realmente para ayudarle en algo? —dudó todavía la joven, mirándole de reojo.

—Eso vamos a comprobarlo quizá antes de lo previsto, señorita Rowland —suspiró el joven policía, pensativo, viendo pasar con rapidez los edificios de Charing Cross al otro lado de las ventanillas.

—Por favor, ¿por qué no me llama Cora? —le pidió ella—. Ambos tenemos edad parecida, ¿no cree? Me hace sentirme violenta un tratamiento tan severo, inspector.

—Pienso igual, Cora —rió suavemente Larkin—. De todos modos, usted es más joven que yo. Por eso me gustaría que, en vez de darme el título de inspector, me llamara también por mi nombre de Roger. Eso me quitará años de encima, estoy seguro.

—Es usted terriblemente exagerado, Roger —ella soltó una suave carcajada—. Seguro que es el benjamín de los policías de Scotland Yard...

—De los inspectores, seguro —asintió él—. Muchas veces se permiten bromas a costa de eso. Pero en el fondo todos son buenos chicos y me aprecian.

—Debe resultar fascinante ser policía —comentó ella.

—No siempre, Cora, no siempre —manifestó gravemente Roger Larkin—. La vida en el mundo del delito no es tan romántica ni apasionante como la presentan el cine o la televisión, puede creerme. Es un ambiente sórdido, sucio, repulsivo... y a veces terriblemente cruel y sangriento, como en esta ocasión.

—Sí. Lo había olvidado. El pobre señor Guzek, los demás... —se estremeció Cora, cerrando los ojos un instante—. ¿Cree que existe un delito, un criminal, detrás de todo esto?

—Creo muchas cosas. Y conozco otras que pondrían sus cabellos de punta, Cora —confesó amargamente Roger, entornando sus ojos—. Ojalá todo sea como imagino, porque eso significaría que estamos ya en la recta final, y el horror de sangre que sacude a Londres a punto de terminar.

No hablaron ya más, como si el tema por sí solo fuese capaz de sobrecogerles y helar en su joven naturaleza incluso la alegría imprescindible. Poco más tarde, el coche de Roger se detenía frente al teatro Lyric.

—Ya hemos llegado —dijo Larkin, abriendo la portezuela—, ¿Vamos, Cora?

—Sí, vamos —asintió ella, recordando su anterior visita a aquel mismo local, en compañía del infortunado Laszlo Guzek. La idea de que allí encontró la muerte la noche antes la hizo mirar con angustia y aprensión a la vieja fachada del local de Shaftesbury.

Caminaron hacia la entrada del teatro. Larkin se detuvo de repente. Señaló hacia una de las vidrieras del local, donde se anunciaba una de las atracciones. Su voz resultó, a juicio de Cora Rowland, extremadamente tensa al preguntarle:

—¿Está segura de si fue precisamente a esa vitrina adonde miró con insistencia el señor Guzek ayer? ¿Justamente a ésa?

Cora contempló las fotografías de las dos rubias y esplendorosas bellezas gemelas, exhibidas allí. Luego asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—Sí —confesó—. Estoy totalmente segura. Las hermanas. Van Dolí. El las contempló con fijeza durante largo tiempo. Yo le comenté algo sobre los hombres y su afición a contemplar siempre chicas ligeras de ropa, sobre todo cuando tienen esas curvas... El parecía tan absorto que ni siquiera me oyó inicialmente. Luego se limitó a bromear sobre ello, pero hubiese jurado que estaba pensativo, muy serio en el fondo.

Larkin se limitó a asentir, tomando del brazo a la muchacha y caminando hacia el interior del teatro. Un agente prestaba servicio en la puerta principal, desde que hallaran la muerte tan atrozmente en su interior el actor húngaro y el conserje de noche.

El policeman saludó respetuoso cuando Larkin se identificó. Las palabras de éste fueron breves, y sorprendieron a Cora.

—Vengo a hacer una investigación, agente. ¿Están los artistas en el teatro ahora?

—No. señor. No hay nadie —negó el policeman—. La puerta del escenario se precintó oficialmente, y yo hago mi turno aquí, inspector. Nadie ha entrado ni salido en toda la mañana, salvo los expertos del Yard.

Larkin le dio las gracias, y entró con Cora en el teatro. Cruzaron el desierto y oscuro patio de butacas, hacia la única luz visible, la bombilla que colgaba alta sobre el escenario.

Alcanzada la boca del escenario, subieron a éste por unos escalones laterales. Aún había rastros de sangre en el suelo, cubiertos con .serrín. Cora se estremeció instintivamente, y buscó cobijo en la alta y vigorosa figura del joven inspector, que la acogió junto a sí, con un asomo de sonrisa, mientras miraba escudriñador en torno.

Grandes núcleos de sombras se formaban en torno a la única luz de la escena. La claridad del día era muy difusa y escasa, allá arriba, entre los telares. Sólo eso permitía recordar allí dentro que era día pleno.

—Vamos a los camerinos —susurró Larkin—. Tengo que ver algo, Cora.

Subieron una angosta escalerilla metálica, que emitió un golpeteo sordo al

ascender ambos hasta la primera planta. Una vez allí, la luz era tan escasa ya, al no estar encendidas las bombillas ni haber ventanas al exterior, que era preciso moverse a tientas.

Larkin, sin embargo, extrajo de un bolsillo de su chaqueta una linterna eléctrica pequeña, pero de potente hilo de luz, que proyectó por encima de las cerradas puertas de los camerinos.

Se detuvo enmarcando en un círculo de claridad un nombre sobre una ridícula estrella de papel plateado:

VAN DOLL SISTERS

—Es aquí —dijo roncamente.

Probó el pomo, pero la puerta del camerino estaba cerrada con llave. Rebuscó nuevamente en sus bolsillos. Esta vez extrajo un manojo de llaves plegables, todas ellas ganzúas para los más diversos usos. Cora, pegada a él, le contemplaba fascinada. Y sin poderlo remediar, aquella oscuridad, aquel lóbrego silencio en torno suyo, empezaba a sensibilizar sus nervios.

Estaba segura de algo: tenía miedo.

—Ya está —oyó murmurar a Larkin, cuando, la puerta del camerino hubo cedido con un chasquido suave—. Entremos, Cora. No tema nada. Ahora no hay nadie. Y estoy yo aquí.

Empujó la hoja de madera. Su chirrido casi electrizó a Cora Rowland. Se parecía al sonido de un ataúd que se destapa, pensó ridículamente asustada.

Aferró un brazo de Larkin para entrar sin despegarse de él. En el camerino, tampoco había luz, salvo la difusa que entraba por una ventana cegada, cuyas rendijas permitían el acceso de algo de claridad diurna, no demasiada. El resto, por contraste, se convertía en un inquietante amasijo de sombras.

Había dos baúles abiertos en un extremo. Eran baúles-armario verticales, con ropas de escena. Un indefinible olor saturaba el ambiente. Larkin olfateó.

—Es raro —dijo—. Huele... a gato. Es un olor especial.

—Sí, es cierto —musitó Cora, impresionada—. En mi pensión de días atrás había un gato. Olía de modo parecido donde él estaba. ¿Qué puede significar eso, Roger?

—No lo sé —confesó él, sin querer amedrentarla, puesto que sentía sobre su brazo la presión tensa de aquella mano femenina, ligeramente temblorosa —. Tal vez nada.

La luz de su linterna recorrió el camerino oscuro. Se detuvo sobre el espejo. Sus figuras se reflejaron en él borrosamente, y Cora casi dio un grito.

—Sólo somos nosotros —rió Larkin entre dientes—. No somos tan feos, ¿no?

Ella sonrió a la fuerza. Algo, en aquel ambiente, la crispaba. Era una vivida sensación de terror que iba apoderándose de ella como si fuese una telaraña helada e invisible. Ni siquiera la presencia de Larkin lograba dominar aquella sensación de angustia que estaba adueñándose de ella por momentos.

De pronto, Larkin lanzó una imprecación. Avanzó rápido hasta el tocador de ambas mellizas, y tocó su superficie. Retiró los dedos, alumbrándolos con su linterna.

—Pelo erizado —dijo—. Pelo de gato. De dos colores: gris oscuro, y rayado... Creo que ya tengo lo que quería, Cora.

De sus bolsillos, auténtico arsenal de objetos, extrajo un sobré de plástico, en el que depositó aquellos pelos rígidos, guardándolo consigo. Luego miró en torno, recorriendo con su linterna cada rincón del camerino.

—Ya está —dijo—. Vámonos de aquí, Cora. Si el laboratorio del Yard me analiza este pelo en tanto nosotros visitamos sus instalaciones, y me da la respuesta que creo, este teatro será acordonado por fuerzas armadas, y esperaremos a que las fieras caigan en la trampa.

—Dios mío, Roger, ¿qué quiere decir? —ella le miró, despavorida—. ¿Que esas bestias asesinas... están aquí? ¿Que las ocultan esas chicas, las Van Dolí?

—Algo peor que eso. Cora —manifestó sombríamente Larkin—. Ellas son las bestias. Es una vieja y alucinante historia que le contaré por el camino. Algo que parece imposible en nuestra época de materialismo y de lógica pura y fría... Vamos ya. Este lugar tiene algo agobiante y noto que le está impresionando demasiado. Cora.

Ella estaba lívida cuando se aferró ahora a él, camino de la salida del camerino. Lo que Larkin acababa de revelarle resultaba tan espantoso como increíble. Pero en la densa atmósfera del sombrío camerino, repentinamente, Cora Rowland había comprendido que Roger Larkin le decía la verdad, que un horror más allá de los límites naturales se ocultaba en aquel lugar.

Estaban a punto de alcanzar el umbral del camerino, cuando captaron el roce en el exterior. Algo o alguien pisaban en el corredor de camerinos, allá en plena oscuridad.

Larkin se puso rígido, cubriendo súbitamente a Cora con su cuerpo. Proyectó la luz hacia el pasillo.

—¿Quién está ahí? —indagó—. ¡Vamos, responda!

La respuesta fue escalofriante. La luz de la linterna de Larkin reveló en el negro pasillo la presencia de dos globos fosforescentes, amarillentos. Luego otros dos más atrás. Un roce como de patas de animales se percibió en el pavimento, y una especie de alucinante ronroneo sordo llenó el silencio.

—Dios mío, Roger, ¿qué..., qué ocurre? —sollozó Cora, convulsa.

—¡Son ellos! ¡Los gatos! —Rugió Larkin, buscando su revólver—, ¡Atrás, pronto!

Y saltó con ella, hacia atrás, cerrando de golpe la puerta.

Lo hizo muy a tiempo.

Unos pesados cuerpos golpearon la madera, y unas poderosas zarpas arañaron brutalmente la superficie de la puerta, esta crujió con aspereza, y en las tinieblas, con la sola luz del hilo luminoso de su linterna, Roger Larkin supo, con los cabellos erizados, que no resistiría mucho.

Las mujeres-gato estaban dentro del teatro. Habían regresado a él, tal vez por las alcantarillas o por algún conducto que la policía no sospechaba. Y les bloqueaban el paso.

Las hermanas Van Dolí eran ahora dos felinos mortíferos y crueles, dispuestos a despedazarles. No había defensa contra algo así. El teatro Lyric se había convertido en una verdadera trampa mortal.

La puerta volvió a crujir, cuando los cuerpos de los felinos cargaron contra ella. Esta vez, unas curvadas y aceradas uñas asomaron por las rendijas abiertas en la frágil madera, y

Cora Rowland lanzó un agudo grito de terror.

Los gatos estaban a punto de entrar. Y ella sabía lo que iba a seguir a eso...

CAPITULO VIII

—Calma, Cora —la trató de serenar Larkin, aferrándola con su mano zurda por el brazo, sin soltar la linterna entre dos de sus dedos, mientras la diestra esgrimía el revólver—. Todavía nos queda una posibilidad...

Y volviéndose hacia la puerta, apretó el gatillo por dos veces. El revólver reglamentario llameó estruendosamente en la oscuridad. Dos boquetes redondos se formaron en la madera. Al otro lado, sonó un desesperado, tremendo aullido de fiera herida, y un jadeo animal que expresaba más ira que dolor.

Larkin, sudoroso, respiró hondo, manteniendo el arma rígida, dispuesta a seguir disparando. Pero pensó en que sólo quedaban cuatro balas.

—Me temía algo así —jadeó—. He herido a uno, cuando menos. El otro puede que esté ileso. Pero el herido será ahora mil veces más peligroso que el otro. Resulta muy difícil hacer un blanco mortal con una puerta por medio. Y sin esa puerta, no habrá tiempo para alcanzar a ambos en la cabeza. Cora, por el amor de Dios, trate de abrir esa ventana y ver adónde da... y escape de aquí, si le es posible.

Cora caminó hasta la ventana cegada, con la que forcejeó. Se apartó, angustiada, y regresó junto a él.

—Es inútil —dijo sordamente—. No cede. Está atascada. Además, me quedo a su lado, Roger. Si hemos de sufrir a esas fieras, que sea juntos. Usted debe luchar por impedirlo, y sólo confío en usted.

—Gracias, Cora —murmuró Larkin—, Póngase a un lado de la puerta. Voy a intentarlo todo. Abriré esa puerta.

—¿Qué pretende? —se asustó ella—. ¡Es una locura enfrentarse a dos felinos en la oscuridad! ¡Le harán pedazos, Roger!

—Van a derribar la puerta en cuanto se recuperen de esto. Posiblemente uno está lamiendo ahora la herida del otro, o ya lo hubiesen intentado. Me anticiparé a ellos, intentando sorprenderles. Tenemos cuatro posibilidades de sobrevivir, tantas como balas.

—Y cien de morir, ¿no es cierto? —suspiró Cora.

—Bueno, no tantas —trató de reír Larkin—. Nunca debí traerla conmigo. No pensé que hubiera peligro en inspeccionar el terreno. Pero con seres que no son humanos, es difícil prever las cosas... Creo que van a atacar. Ahora abriré. A un lado. Cora, por favor...

La joven, estremecida, mortalmente pálida, se puso junto al muro del camerino, a un lado de la puerto. Larkin fue a ésta. La abrió bruscamente, con valor desesperado y escalofriante.

Se enfrentó a la oscuridad, a los peludos bultos en movimiento, a los ojos luminosos que flotaban, crueles, en la sombra. Un maullido sordo, de sorpresa y odio, brotó de las sombras impenetrables. Roger hizo fuego otra vez.

Una bala, dos... Maullidos de dolor y de rabia acogieron sus impactos.

Pero ya sólo quedaban dos balas...

Y nadie acudía a ayudarles. Ni siquiera el agente de servicio en el teatro...

Las dos últimas balas del tambor del arma de Roger Larkin, eran su única y postrera oportunidad frente a los monstruos agazapados allá, en las tinieblas del corredor...

Y, en el momento crucial, cuando quizá la vida de los dos estaba pendiente de un frágil hilo, algo fantástico sucedió allá, en la zona de sombras.

Una profunda voz de mujer se elevó en las tinieblas, dando una orden tajante en un idioma que les era desconocido, y que vagamente se parecía al húngaro o eslavo, pero con una tonalidad más bronca y cortante, marcando mucho las consonantes.

Un doble maullido de terror brotó del corredor ante el sonido de esa voz humana. Y esta voz, inesperadamente, mezcló con sus palabras una especie de poderoso maullido que heló la sangre en las venas a Roger Larkin y a Cora Rowland, ahora estrechamente apretados el uno al otro, en las sombras del camerino siniestro.

De modo inesperado, en vez de ser atacados, ambos jóvenes captaron el movimiento de retroceso de los luminosos globos oculares de ambos felinos, en tanto la voz de mujer, entremezclando maullidos fantásticos, parecía ejercer sobre los sanguinarios animales mutantes una extraña influencia, una autoridad más allá de todo lo humano y lo animal.

Por fin, arrastrándose uno de los gatos —herido sin duda por las balas de Larkin— y ayudándole el otro en su fuga, se perdieron en la oscuridad. Sus rápidas pisadas sedosas se alejaron definitivamente.

El peligro mortal había pasado.

—Oh, Dios mío... —sollozó Cora, aferrándose a Roger con ambos brazos —. ¿Qué ocurre?

—No sé, Cora... —él acarició sus cabellos con la misma mano que esgrimía el arma humeante—. Tal vez un milagro, después de todo. Pero no lo sé...

De la oscuridad, una voz profunda, de cálidas inflexiones, de matices sorprendentemente suaves y autoritarios a la vez, una voz que no resultaba nada desconocida para Cora, pero que revelaba ahora inflexiones ignoradas hasta entonces, respondió serenamente a las palabras de Roger:

—El único milagro, inspector Larkin, es que yo les siguiera a ustedes hoy, al salir de mi teatro, sospechando que usted podía saber algo, y conducirme al paradero de esas dos mujeres...

Y de las sombras, erguida y severa, con una extraña luz centelleante en sus verdes pupilas, apareció Norma Novak, la actriz húngara. Su presencia en aquel lugar parecía tener algo de fantástico, de más allá de toda explicación humana. Recordando su voz, su modo de dar órdenes, su autoridad inflexible sobre los felinos criminales, se tenía aún más clara la impresión de que aquella mujer estaba al margen de lo puramente humano.

Larkin había creído entender. Miró largamente a Norman Novak. Musitó:

—Usted..., usted es..., es también una mujer-gato...

—Sí, inspector —la sonrisa de ella resultaba enigmática, insondable la expresión de sus ojos—. Yo pertenezco al mismo secreto pueblo de ellas dos, como ha adivinado muy inteligentemente... Soy una de ellas. Una mujer-gato, como usted define tan simplemente. La historia de nuestra extraña raza no es tan fácil de definir, pero resultaría largo y poco explícito referirse a nuestros orígenes étnicos. Vale más, por tanto, dejar las cosas como están. Y esperar que nunca, nunca, hombre alguno localice nuestro pueblo-gato, como hicieron algunos. Y que tampoco nuestras mujeres traten de vivir entre los demás humanos, porque eso sólo trae infortunio para todos.

—Usted no es... una asesina, señora Novak —dijo Larkin.

—No. Ninguna de nosotras lo es en realidad, inspector —negó ella con arrogancia—. Pero como ocurre en toda sociedad inteligente, existen buenos y malos. Siempre hay las excepciones perversas. Esas mujeres a quienes ustedes conocen como las mellizas Van Doll pertenecen a esa condición. Por desgracia, fueron aprehendidas en las montañas, cuando intentaban escapar, por un vulgar empresario de circo que las redujo a la obediencia a fuerza de castigos. Las descargas con un látigo eléctrico eran demasiado dolorosas para que incluso dos fieras malvadas como ellas, Katia y Kristy, que ésos son sus nombres en nuestro mundo, lo pudiesen soportar sin rebelarse...

—Entiendo. Y entonces, un antropólogo, el profesor Janos Benedek, desde Estados Unidos, quiso obtener esos dos raros ejemplares, y llegó a un acuerdo con el hombre del circo, Sandor Dukas, a través de Ferenc Vaszas, un amigo suyo en Hungría.

—Exacto, inspector —asintió Norma Novak— Nosotros seguimos la pista a esas dos rebeldes tan peligrosas, que podían llegar a provocar una masacre, y poner en peligro la propia existencia y el futuro de nuestro pueblo.

—¿Nosotros? ¿Quiénes, aparte usted misma, señora Novak.

—Laszlo Guzek, mi compañero actor —ella meneó lenta y penosamente su arrogante cabeza. Los ojos felinos revelaron dolor y amargura—. Pobre Laszlo...

—¿Hay hombres-gato en su pueblo? Creí que era una comunidad de mujeres...

—Y lo es. Los hijos-gato varones son exterminados al nacer. Es nuestra ley. Cruel, pero una ley ancestral que todos respetan. Sin embargo, siempre hay uno, el gato reproductor, que vive entre nosotras hasta que otro gato varón, el único a quien se permite sobrevivir, alcanza la edad adecuada para una vida sexual con las demás. Esta vez, por desgracia, nuestro único gato-varón, tardará en reproducir nuevas criaturas, porque sólo cuenta ahora nueve años... Y Laszlo Guzek, nuestro gato-reproductor y, como tal, legislador máximo del pueblo-gato, ha muerto a garras de las dos asesinas. Ellas deben ser devueltas a nuestro pueblo y morir. O ser muertas por la sociedad que fue agredida por su maldad. Para eso vinimos aquí nosotros. Y ahora sólo quedo yo. Pero a mí me temen, a mí no pueden destruirme como a Laszlo, porque yo

soy la reina-gato, y nadie puede tocarla, según tradición, si no quiere morir horriblemente. Hasta los asesinos, en nuestra comunidad, respetan esa tradición y creen ciegamente en ella. Por ello era yo la única que pudo salvarles la vida hoy aquí, inspector...

—¿Y ahora? —Murmuró Larkin—. Esas dos asesinas han vuelto a huir. Una va herida, pero eso la hace, incluso, doblemente peligrosa...

—Lo sé, inspector. Lo sé mejor que usted. Sólo cuando mueran ambas, las cosas volverán a la normalidad. Tiene que dar con ellas y aniquilarlas. Es la única posibilidad, créame.

—Si supiera dónde encontrarlas...

—No volverán a este teatro. Saben que ya no les sirve como escondrijo. Y no siempre estuvieron aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Tienen que tener un escondrijo en Londres, inspector. Tengo suficientes elementos de juicio para sospechar que el naufragio del barco que llevaba a las dos mujeres-gato hacia Estados Unidos fue provocado.

—¿Provocado? —se sorprendió Larkin.

—Sí, inspector. Hemos investigado ese naufragio a fondo, y resulta harto sospechoso. También sabemos que alguien se hizo cargo de las dos mujeres-gato en las costas de Escocia, trasladándolas de algún modo a Londres. Esa persona es la misma que, sin duda, les ha facilitado un escondite seguro en esta ciudad.

—Cielos... —Roger Larkin se quedó absorto, confuso—. Nunca sospeché... Creo que ahora lo veo claro, señora Novak...

—¿Qué es lo que ve claro? —preguntó ella, clavando en su rostro aquellos ojos suyos, centelleantes y gatunos, de sorprendente autoridad.

—Algo que se me había pasado por alto hasta hoy, señora Novak —murmuró Larkin ceñudo—. Debí imaginarlo, pero resultaba tan fantástico...

—Temo no entenderle. ¿Es que usted sabe o sospecha dónde están ahora ellas ocultas?

—Sé dónde han estado ocultas en todo momento —declaró el joven policía, ahora con tono excitado—. Seguir el rastro de sangre del gato herido sería inútil, por la sencilla razón de que debía de haber algún vehículo ahí fuera, esperándoles para ocultarles, tal vez una furgoneta cerrada, y conducirles luego a alguna parte. Donde siempre estuvieron, desde su llegada a Inglaterra...

—¿Y qué piensa hacer, inspector?

—Lo único posible en un caso así, señora —confesó Roger con dura entonación—. Llegar hasta su madriguera... y acabar con ellos. Y también con la persona que les está protegiendo y ocultando...

* * *

El profesor Roy Shatner enarcó las cejas, sorprendido, al abrir la puerta a

sus visitantes.

—¿Ustedes de nuevo, caballeros? —manifestó con extrañeza. Y añadió acto seguido, con tono de preocupación—: ¿Ocurre algo nuevo? ¿Tal vez otro desastre?

—Esta vez venimos a buscar su ayuda, profesor Shatner —dijo Janos Benedek con voz pausada, tras saludar cortésmente a su colega británico.

—¿Mi ayuda? —Miró alternativamente a Benedek y a Larkin—. ¿En qué?

—En la caza final —dijo Roger con simplicidad.

—¿Caza final? —Shatner repitió la frase con perplejidad—. ¿De qué o de quién? ¿Se está refiriendo a las mujeres-gato?

—Sí, profesor —asintió el inspector Larkin suavemente—. Creo que ya sé dónde se ocultan.

—¿De veras? ¡Eso es magnífico! —Ponderó el antropólogo inglés—. Díganos qué puedo hacer para ayudarles. Cuanto antes estén esas dos fieras a buen recaudo, tanto mejor.

—Es lo mismo que hemos pensado el profesor Benedek y yo —asintió Larkin, calmoso—. Hemos solicitado de las autoridades navales escocesas una información relativa al naufragio del buque Viking en las costas de su región. Ese informe revela que el naufragio no fue accidental, sino intencionado.

—Cielos, ¿qué está diciendo? —boqueó Shatner, con expresión atónita.

—Lo que ha oído, profesor —terció Benedek—, Alguien se interpuso en mis planes, para evitar que yo proporcionase a la ciencia mundial tal avance en el estudio de pueblos misteriosos del pasado, dotados de poderes mutantes que prueban la existencia de factores biológicos ajenos a la biología que todos conocemos y tratamos. Un explosivo en la carga, hizo su efecto, y hundió al Viking, dejando en libertad a las dos mujeres-gato, cuya caja llegó tan providencialmente a tierra firme, sin hundirse ni perecer sus ocupantes. Por la sencilla razón de que una persona, o varias, en una lancha, recogieron de entre los restos del naufragio el embalaje con los dos ejemplares mutantes, y lo condujo a tierra. Allí, las dos mujeres-gato se le debieron escapar, pero finalmente pudo recuperarlas, y traerlas a Londres.

—Dios mío, pero ¿para qué haría nadie una cosa así, con seres tan sumamente peligrosos y crueles? —se horrorizó Shatner, mirando alternativamente a sus dos visitantes.

—Eso es lo primero que cualquiera se preguntaría, profesor Shatner —sonrió Larkin sombríamente—. La respuesta, sin embargo, es bien sencilla.

—¿Quiere dármela, por favor?

—Sí, profesor. La respuesta es ésta: un triunfo científico, único en el mundo.

—¿Cómo?

—Me ha oído perfectamente, profesor —suspiró Roger Larkin duramente —. Alguien deseaba un éxito a escala mundial, capaz de revolucionar la biología y la antropología. Ese científico iba a ser el profesor Janos Benedek,

en Estados Unidos. Alguien bien informado, aquí en Londres, planeó la jugada para apropiarse de los méritos ajenos y llegar el primero y único a la cumbre de la ciencia antropológica: usted, profesor Shatner.

—¿Qué?

—Usted hundió al Viking. Usted obtuvo para sí a las dos mujeres-gato. Y usted las tiene ahora ocultas aquí, en su propia casa.

Shatner, muy pálido, les miró fijamente, comprobando que no era ninguna broma la acusación. Las miradas de Larkin y de su colega eran harto acusadoras y frías.

—Muy bien —dijo lentamente—. ¿Pueden probar esa tontería que han dicho?

—Sí —afirmó Larkin con viveza—. El refugio mismo de las mujeres-gato Katia y Kristy, dentro de su vivienda, nos lo probará. Traigo una orden judicial de registro. Si nos lo permite, registraremos ahora su casa. Una vez halladas esas dos criaturas horribles, la policía acudirá para hacerse con ellas..., y con usted, por supuesto.

—Me temo que eso no va a ser tan sencillo, caballeros —dijo sarcásticamente Roy Shatner, poniéndose en pie lentamente—. No se muevan. Ninguno de los dos.

Y su mano extrajo de debajo de su batín de seda una pistola automática negra, pavonada, que cubrió a ambos visitantes.

Ni Larkin ni Benedek movieron un músculo. Se limitaron a mirar con fijeza a su anfitrión, que acababa de confesar de llano con aquel gesto desesperado.

—¿Espera escapar, profesor? —indagó Larkin con voz acerada.

—Lo intentaré..., protegido por mis criaturas —rió Shatner con expresión endurecida—. Lástima que su natural instinto sanguinario las lanzara por esas calles a matar... Ya no podía hacer público mi triunfo científico, porque me culparían de sus acciones. De todos modos, a mí me son fieles, y yo no cometo el error de pretender abusar de sus encantos femeninos, porque sé lo que le ocurre a cualquier hombre cuando cohabita con una mujer-gato... Ahora creo que debo entregarles a ustedes en sus zarpas. Eso va a complacerlas mucho...

Rió malignamente, tirando de un cordón situado bajo una cortina.

Sorprendentemente, un muro cedió, elevándose en el techo de la suntuosa estancia, hasta desaparecer. Y ante los ojos repentinamente angustiados del inspector Larkin y del profesor Benedek, tras aquella pared hermética, insonorizada y de acción mecanizada, apareció una gran jaula metálica, en cuyo interior, dos hermosas mujeres de ojos verdes y fosforescentes aparecían agazapadas, como fieras humanas. Una de ellas mostraba vendajes en su hombro, brazo y pecho, con manchas ostensibles de sangre.

Larkin supo que eran las heridas que él le causara con las balas. La otra sólo mostraba un rasguño sanguinolento, donde le rozó una bala, sin duda, en su mejilla derecha.

Ambas le miraron con igual odio, aferrándose a los barrotes para forcejear. De sus bocas escaparon obscenas frases de ira y de sed de venganza. Su propia excitación les hizo mero enrojecer la piel.

Luego, sorprendentemente, ante el horror de ambos hombres, su piel sedosa y blanca empezó a cubrirse de un hirsuto vello grisáceo en una, y de un pelo rayado en la otra.

Estaban transformándose en gatos ante sus ojos.

De sus bocas, que tomaban ya forma de hocico animal, húmedo y tembloroso, brotaron palabras mezcladas con maullidos y ronroneos furiosos.

—Ahora, mis bellas felinas —rió Shatner—. ¡Ahora son vuestros!

Y de un tirón de aquel cordón que manejaba los ocultos engranajes de la pared cambiante, levantó un lado de la jaula, liberando a las mujeres-gato.

Estas, con un doble maullido de placer y de odio, se precipitaron sobre Roger Larkin y Janos Benedek.

CAPITULO IX

Bajo la amenaza del arma de fuego de Roy Shatner, ninguno de ellos podía hacer nada por evitar lo peor. Ni siquiera Larkin podía usar su revólver, porque cuando intentase empuñarlo el antropólogo inglés le mataría sin vacilar.

Y los gatos asesinos saltaban ya sobre ellos.

Todo parecía perdido para el joven inspector de Scotland Yard y su compañero, el antropólogo americano.

Pero esta vez Larkin no había sido tan tonto como para ir a cuerpo limpio a la propia madriguera del monstruo. Tenía tomadas todas sus medidas.

Apenas salieron las dos mujeres-gato de la jaula donde las encerraba su actual propietario, el profesor .Shatner, en la boca de Larkin sonó algo.

Era un silbato especial, de pequeñas dimensiones, aplicado a su dentadura. Le bastaba emitir un silbido normal, para que el aire accionara el diminuto silbato, haciéndole lanzar un sonido agudo, estridente, muy superior al de cualquier silbato habitual en la policía inglesa.

El sonido era la señal de alarma. Fuera, rodeando la finca de Roy Shatner, estaban bien ocultos los efectivos policiales de Scotland Yard, a la espera de esa señal. Era el plan convenido de antemano. Y había resultado hasta ahora.

Apenas llegó hasta los oídos de los agentes allí apostados el agudo sonido del silbato especial de su inspector, los agentes abrieron fuego.

Benedek, bien adiestrado previamente por Larkin, se precipitó de bruces al suelo apenas sonó el silbato de Larkin. Y, por supuesto, lo mismo hizo éste, como si ambos trataran de eludir el salto felino de sus dos mortíferos enemigos salidos de la jaula.

El crepitar de las armas automáticas, pulverizando las ventanas de la residencia de Shatner, se mezcló con el maullido ronco de ambas mujeres-gato, ya lanzadas en su ataque hacia los dos hombres. Una lluvia de balas les alcanzó en pleno salto, acribillando sus cuerpos despiadadamente. Los maullidos de odio y de placer se convirtieron en horribles sonidos de agonía, brotando de las fauces de los gatos gigantes.

Shatner trató de disparar contra Larkin y Benedek, enfurecido por la obra demoledora de las armas policiales, pero también el alud de proyectiles hizo presa en él, lanzándole contra los costosos muebles con violencia, y dejando en ellos rastros de sangre, antes de rodar por el suelo, mortalmente herido.

Los policías, asomados ahora a las amplias ventanas de la finca, centraban su tiroteo furiosos en los dos gigantescos gatos, que, con tremenda energía y vitalidad, se resistían a morir, pugnando por saltar, por atacar a sus enemigos.

Hasta que, finalmente, convertidos en un par de auténticas piltrafas sanguinolentas, ambos monstruos rodaron por la moqueta, quedando inmóviles tras una serie de espasmos agónicos.

Los gatos asesinos habían terminado su carrera de crímenes.

—¡Ya basta! —Gritó Larkin con voz potente—, ¡Alto el fuego!

Se incorporó, al cesar el tiroteo, y ayudó a Benedek a ponerse en pie. El profesor en antropología de Princeton aparecía blanco como un espectro.

—Una dura experiencia, ¿eh, profesor? —Comentó Larkin—. Creo que eso le hará no insistir más en la búsqueda de las mujeres-gato y su misterioso pueblo oculto...

—Cielos, no. Nunca más... —jadeó el antropólogo, apoyándose en Larkin—. Qué espantosa situación, qué horrible desenlace.

—Peor hubiera sido si no tomamos precauciones previamente —resopló el joven policía—. Mire, profesor... Mire eso. Tal vez sea el último misterio sin explicar que se presenta ante usted...

Atónito, Benedek asistió, como él mismo, a la postrera mutación de las mujeres gato.

En el suelo, lentamente, los cadáveres de dos gigantescos gatos cosidos a balazos se iban convirtiendo de modo ostensible en dos cuerpos de mujer, jóvenes y hermosos, de voluptuosa desnudez y formas seductoras. La sangre y la expresión crispada de la muerte no lograban afear aquella belleza póstuma, e incluso sus rostros, lentamente, a medida que se completaba la metamorfosis, iban tomando una suavidad, una dulzura serena como sólo la muerte puede conceder a los humanos.

—Dios mío... —musitó Benedek—. Son tantas las cosas oscuras de este mundo que todavía ignoramos, inspector...

—Sí, tiene razón —afirmó el inspector Larkin, mientras la sala se llenaba de policías—. Cosas que tal vez nunca sepamos. O que, cuando menos, sólo debemos afrontar y manejar cuando no escapen a nuestro control...

Se encaminó lentamente a la salida de la casa. La pesadilla había terminado. Y quena olvidarla cuanto antes.

«La verdad nunca se publicará, estoy seguro —se dijo para sí, camino de su coche—. Después de todo, nadie la creería. Y tal vez demasiada gente se lanzase en busca del pueblo de las mujeres-gato, para mal de todos... La versión oficial hablará de unas mujeres criminales, que usaban zarpas artificiales para matar a sus víctimas. Dos psicópatas extranjeras o algo así... Después de todo, la gente siempre cree lo que le cuentan. Aunque no sea verdad...»

Se encaminó al teatro Arts, en busca de alguien. Cuando llegó, supo la noticia. Norma Novak había desaparecido, disolviendo su compañía, y dejando una suma en un banco para indemnizar a sus contratos. Larkin supo que Norma Novak jamás volvería a un escenario. Al menos, no en el mundo de los humanos.

—¿Y ahora qué hago yo? —le preguntó Cora Rowland, con desaliento.

—Volver a empezar —sonrió Larkin, animoso—. Conozco a un empresario teatral que puede ayudarte bastante. Hablaremos de ello mientras cenamos, ¿no te parece?

—Roger, tienes siempre unas ideas maravillosas —suspiró Cora,

mirándole agradecida—. Con tal de que esta vez no se vuelva a estropear todo...

—No. Esta vez, no. Asunto resuelto. No hay nada que nos impida cenar juntos...

Y tomándola de una mano, tiró de ella hacia su coche. Cora le siguió, complacida. Después de todo, pensó Roger Larkin, su enfrentamiento a las alucinantes mujeres-gato de Centroeuropa había tenido al menos un lado agradable y hermoso.

Había conocido a Cora Rowland. Una chica bonita, encantadora. Una chica que le gustaba. Y eso ya compensaba de muchas cosas.

En realidad, quizá le compensaba de todo.

FIN